1306

La bola de nieve

16

SUCESOR DE JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ

DICCIONARIO DE IDEAS AFINE

Y

ELEMENTOS DE TECNOLOGÍA

COMPUESTO

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS

bajo la dirección de

D. EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Cuaderno 10—2 reales

(Contiene los pliegos 29 á 31)

ADMINISTRACIÓN
CALLE DE DON MARTÍN, 13
Teléfono número 3.007

MADRID

LA BOLA DE NIEVE,

DRAMA EN TRES ACTOS,

DE

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Madrid:
Imprenta de la Compañía general de Impresores y Libreros del Reino,
Á CARGO DE D. A. AVRIAL.
1856.

Al Sr. D. José María Bremon
en señal de invariable afecto

Manuel Tamayo
y Baus

Pepa y Andres queridísimos: Mi corazon necesita colocar vuestros nombres al frente de esta obra. Seguid siendo buenos; conservad siempre la santa memoria de nuestra madre, y recibid con amor esta prueba del íntimo que os consagra vuestro hermano

Manuel.

A beneficio del primer actor D. Joaquin Arjona, se ha estrenado este drama en el teatro del Príncipe de Madrid, á 16 de Mayo de 1856.

PERSONAGES. | **ACTORES.**

PERSONAGES.	ACTORES.
CLARA....................	D.ª Teodora Lamadrid.
MARIA....................	D.ª María Rodriguez.
LA MARQUESA...........	D.ª Lorenza Campos.
JUANA....................	D.ª Cristina Ossorio.
FERNANDO...............	D. Joaquin Arjona.
LUIS......................	D. Julian Romea.
ANTONIO.................	D. Victorino Tamayo.
PEDRO....................	D. Fernando Ossorio.

La accion en un cármen situado en los alrededores de Granada. — Año 185...

ACTO PRIMERO.

Habitacion decorosamente amueblada en el cármen de la Marquesa.—Una mesa de té á la izquierda con algunos libros encima.—Otra mesa grande colocada en el fondo.—Sillas, un espejo, etc., etc.—Puerta en el foro y otras dos á cada lado de la escena.

ESCENA I.

JUANA, *que aparece poniendo la mesa para el almuerzo, y despues*, PEDRO.

JUANA. *(Cantando.)*

Cruzando el aire subia
un serafin á los cielos,
y al mirar á España dijo:
no subo que aqui me quedo,

PEDRO. *(Entrando por la puerta del foro con platos copas, etc. etc.)*

Bendiga Dios tu boquilla
y ese garbo y tanta sal.

JUANA. ¿Sal yo? Se me habrá pegado,
desde que estoy por acá,
que en mi tierra no se gasta.

PEDRO. Si me derrito al mirar
esos ojillos, si vales
mas plata...

JUANA. ¿Y cuando te da
por armar camorra?

PEDRO. Son

los celos pícaro mal.

JUANA. Pues deja para los amos
tan graciosa enfermedad,
que á tí maldita la falta
que te hace.

PEDRO. Es natural
que uno cuide...

JUANA. Pues si ahora
ni aun tengo con quien hablar,
metida aquí.

PEDRO. ¿No te gusta
vivir en el cármen?

JUANA. Cá!
A mí me gusta ver gente.

PEDRO. Por eso á Granada vas
todos los domingos y
demás fiestas de guardar.

JUANA. ¿Y qué?..

PEDRO. Nada.

JUANA. Pues confia
en tu mujer y hazte más
favor á tí.

PEDRO. Ciertamente
que ya no soy un chaval,
pero aun tengo mucho aquel
y mucha gracia...

JUANA. Es verdad,
monono mio.

PEDRO. ¡Ay Juanilla
de mis entrañas, qué par!

JUANA. Pues mira; ya que conoces
tu mérito personal
y mi virtud, no más celos
ó me las has de pagar.

PEDRO. ¿Cómo se entiende?..

JUANA. Lo dicho.

PEDRO. (*En tono de amenaza.*)
Tengamos la fiesta en paz.

JUANA. ¡Qué miedo!.. (*Burlándose.*)

PEDRO. ¿Qué va que cojo
un buen garrote...

JUANA. Pues ya.

PEDRO. Y sin mas ni mas te arrimo
una paliza?

JUANA. Cabal.

PEDRO. ¿Quieres verlo? Aguarda, aguarda...

JUANA. ¿A mí tú?

PEDRO. Yo á tí.
JUANA. ¡Ja! ¡Ja!

(*Cantando.*)

Debajo de nuestra cama
hay unos zapatos blancos;
ni son tuyos ni son mios,
¿de quién son estos zapatos?

PEDRO. (*Queriendo interrumpirla mientras canta.*)
Vamos, calla... Bien sé yo
que mi Juana no es capaz...
Eh, que aun duerme el señorito...
Eh, que á despertarle vas.
JUANA. Que se despierte; ya es hora.
PEDRO. Cierto: le voy á llamar
que sinó luego me riñe,
y hoy de fijo reñirá;
pero como anoche vino
tan tarde, era crueldad
quitarle el sueño tan pronto
como otros dias.
JUANA. (*Concluyendo de poner la mesa.*)
Ya está
puesta la mesa: por mí
cuando les dé la real...
PEDRO. Sí, ni en dos horas...
JUANA. Entonces
de ellos la culpa será,
ó de la Pepa, que guisa
con mucha solemnidad;
y si la pegan conmigo,
como por lo regular
sucede, vaya; pues no
que no, los sordos me oirán.
Sí que la chica se muerde
la lengua .. y si estoy demás,
que lo digan. A mí nadie
me sitia por hambre; y no hay
aquí ninguna escritura
de por medio; y cada cual
es rey en su casa; y mientras
á una no le falte el pan...
PEDRO. Pero, mujer, ¿quién te ha dicho
que te vayas?
JUANA. Es igual;
por si lo dicen. Ya estoy

muy harta; mucho.
PEDRO. ¡Qué afan!
JUANA. La señorita.
PEDRO. Y el otro
durmiendo. Vamos allá.
(*Entrase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA II.

JUANA *y* CLARA *que sale por la puerta de la izquierda de primer término.*

CLARA. Hola Juana; buenos dias.
JUANA. Muy buenos los tenga usted,
señorita.
CLARA. ¿A qué hora vino
por fin?
JUANA. Serían las tres.
CLARA. Le oí llamar. ¿Y qué, duerme
aun?
JUANA. A cuerpo de rey.
CLARA. ¿Y Luis?
JUANA. Hoy se ha levantado
con las gallinas. No sé
qué tiene: ello es que no cesa
de entrar y salir, y hacer
gestos, y hablar solo. A mí
me preguntó no sé qué,
respecto á la señorita
María, que ya es moler
tanto preguntar, y tanta
cosa, y tanto que si fué,
que si vino, y dale bola
que le darás, y otra vez
vuelta á lo mismo. Yo, claro;
como quien oye llover
le oigo siempre, que ni soy
alguacil, ni me está bien
meterme en lios, ni quiero
rifar con la otra por él:
y que yo con mi marido
tengo bastante belen.
CLARA. Oh; calla.
JUANA. No sabe una

cómo se ha de componer.
Si no dice nada, malo;
si dice, malo tambien.
(Parece que le ha escocido:
que se rasque.)

CLARA. (¡Y no sabré...!)

ESCENA III.

DICHAS *y* PEDRO, *con prendas de vestir.*

CLARA. ¿Qué llevas ahí?
PEDRO. La ropa
del señorito.
CLARA. ¿De quién?
¿De Fernando?
PEDRO. Justo.
CLARA. Dame.
PEDRO. Iba á limpiarla.
CLARA. Despues
vuelve por ella.
PEDRO. Es que ahora..
CLARA. Idos.
PEDRO. Pero...
CLARA. Obedeced.
JUANA. Ni que fuéramos esclavos.
CLARA. ¿Qué es eso?
PEDRO. Vamos, mujer.
(*Vanse por la puerta de la izquierda de segundo término.*)

ESCENA IV.

CLARA, *y á poco* MARIA.

CLARA. Qué bueno que en los bolsillos
(*Registrando los de la ropa.*)
le encontrase algun papel,
alguna prenda... No; nada:
lo que es en el frac... A ver
si en el pantalon...
MARIA. ¿Clarita?
CLARA. (Me pilló. ¿Qué le diré?)

MARIA. No me haces caso: algun dia
te pese, Clara, tal vez...
CLARA. (¡Qué gravedad!) ¿Y qué quieres
darme con eso á entender?
Esplícate.
MARIA. Fuera indigno
de tí tratar con doblez
á quien es casi tu hermana.
CLARA. ¿Fuera mejor darte pié
para que otro sermoncito
me encajes como el de ayer,
como el de todos los dias...
No es tanta mi candidez.
MARIA. Cuando ha dos años el cielo
con su invencible poder
me privó de aquella madre
que era mi único sosten,
la tuya me dió piadosa
nueva familia. Y aun es
mayor otro beneficio
que á los tuyos deberé
dentro de poco. Tu hermano,
de noble desinterés
dando señal evidente,
conmigo va á contraer
matrimonio. Doble deuda
de gratitud, como ves,
me pesa en el alma. En tanto
que mayor pago no os dé,
admite el afan constante
con que procuro tu bien.
Fernando te quiere.
CLARA. Sí;
como tú á Luis.
MARIA. Pues á fé
que te quiere mucho entonces.
CLARA. Mi amor sí que es grande y fiel.
Luis sí que á ti te idolatra;
pero vosotros teneis
un modo de amar tan raro,
que ya, ya.
MARIA. Cuánta sandez,
Clara mia. ¿Pues qué, solo
desconfiar es querer?
¿Qué logra tu hermano? Darme,
sin motivo alguno, cien
y cien pesadumbres, como

tú á Fernando. Bien se ve
que una misma sangre corre
por vuestras venas ; y á ser
menos constantes nosotros ,
pudiera al fin , cremé ,
pasaros un chasco. Mira
que parece que quereis
en vez de haceros amar ,
haceros aborrecer.

CLARA. Eso ; predica , predica.

MARIA. Tu madre llama. *(Oyese una campanilla.)*

CLARA. Pues ven :
sin duda querrá vestirse ,
que es tarde.

(Dirígense ambas hácia la puerta de la izquierda de primer término.

ESCENA V.

DICHAS *y* LUIS , *que sale por la puerta del foro.*

LUIS. ¿A dónde correis?

CLARA. Mamá está llamando.

MARIA. Luis...
(Acercándose á él cariñosamente.)

LUIS. ¿ Qué se te ofrece? *(Con sequedad.)*

MARIA. ¿Hoy tambien
sopla mal aire ?

LUIS. (Chancitas...)

CLARA. ¿Vienes ?

MARIA. (¿ Qué podrá tener ?)
(Vanse ambas por la puerta antes indicada.)

ESCENA VI.

LUIS , *solo.*

¡ Válgame el cielo, qué noche!
Y no hay mas ; bien lo escuché.
Pero esto ¿ qué significa?
¿ No es una ridiculez
dar importancia á tal cosa ?

Sin embargo, hacia un mes
lo menos, que yo abrigaba
una duda tan cruel;
y lo de anoche, qué diablos,
por fuerza me ha de escocer.
De la criada ni jota
saqué en limpio. ¡Qué soez,
qué torpe! Y ella, si hay algo,
debe saberlo... Es mujer,
y quizá poniendo á prueba
su vanidad, lograré
que cante de plano, y luego
cargue con ella Luzbel.

ESCENA VII.

LUIS *y* JUANA.

LUIS. ¿Eres tú?
JUANA. Yo, que he venido
por esto.
(Cogiendo la ropa de Fernando.)
LUIS. Escúchame.
JUANA. Escucho.
(Acercándose á Luis.)
LUIS. ¿Sabes que me gustas mucho?
JUANA. Más le gusto á mi marido.
LUIS. Puedes estar engreida
con tu eleccion.
JUANA. Ya se ve:
para marido, el que dé
menos señales de vida.
Y que el pobre no sosiega
por mí; solo que de pronto
le da por hacer el tonto.
Al fin, lo malo se pega. *(Con intencion.)*
Y pues con tal vecindad
le cogió tambien la racha,
y tiene celos...
LUIS. ¡Muchacha!
JUANA. Toma, claro, la verdad.
LUIS. Ya basta. *(Con enojo.)*
JUANA. No se sofoque
por tan poco...!
LUIS. ¡Ah, picaruela...!
(Queriendo darle un abrazo.)

JUANA. (*Retirándose bruscamente.*)
Eh, que yo no soy vihuela
para que nadie me toque.

LUIS. Vamos; no la eches de huraña.

JUANA. ¡Me gusta! ¿Y la señorita?

LUIS. Ya solo verla me irrita:
bien sabes tú que me engaña.

JUANA. ¿Yo?..

LUIS. Y callándolo has querido
evitarme un desconsuelo,
sin presumir...
(*Abrazándola.*)

ANTONIO. (*Presentándose en la puerta del foro.*)
Yo me cuelo.

JUANA. Quieto.

PEDRO. Juana. (*Dentro.*)

JUANA. ¡Mi marido!
(*Despréndese de los brazos de Luis y vase por la puerta del foro, dejando caer al suelo la ropa que ántes habia cogido.*)

ANTONIO. ¡Hola!

LUIS. ¡Animal!
(*Empujando violentamente á Pedro que sale por la puerta de la izquierda de segundo término.*)

ESCENA VIII.

ANTONIO *y* PEDRO.

PEDRO. (*Llevándose las manos á la cabeza.*)
¡Qué empellon!
Por poco me hace caer.

ANTONIO. Un abrazo á la mujer,
y al marido un coscorron.

PEDRO. Podia estarme esperando
la ropa.
(*Recogiéndola del suelo.*)

ANTONIO. ¡Calla!.. Luis era,
sí.
Dirigiéndose hacia el sitio por donde se marchó Luis.)

PEDRO. ¿Qué se ofrece?
(*Deteniéndole. Deja la ropa sobre una silla.*)

ANTONIO. Quisiera
ver al punto á don Fernando.

PEDRO. Iré al momento á pasar
recado.

ANTONIO. Bien.

PEDRO. (¡Qué dolor!)

(Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha de primer término.)

ANTONIO. Anuncia usted al doctor
don Antonio de Aguilar.

(Viendo que se detiene.)

PEDRO. Doctor ¿eh?.. (Yo estoy convulso.)

ANTONIO. ¿No va usted? *(Impacientándose.)*

PEDRO. Ya voy.

(Dirigiéndose de nuevo á la puerta indicada.)

ANTONIO. Creí... *(Siéntase.)*

PEDRO. Señor doctor.

(Despues de haberse acercado á Antonio con algun empacho.)

ANTONIO. ¿Aún aquí?

PEDRO. ¿Quiere usted tomarme el pulso?

ANTONIO. (¡Oiga!)

PEDRO. Y ver...

ANTONIO. (¡Qué atrevimiento!)

PEDRO. Si en la cabeza algun daño
recibí?

ANTONIO. No fuera extraño...

(Cambiando de tono y tomándole el pulso.)

¡La cabeza es mucho cuento!

PEDRO. Contra esa maldita puerta...

ANTONIO. (¡Pobre hombre!)

PEDRO. Un golpe me he dado.

ANTONIO. Póngase usted, y es probado,
un emplasto de ojo alerta.

PEDRO. ¿Cómo; ojo qué?..

ANTONIO. Por escrito
daré la receta; pero
anúncieme usted primero.

PEDRO. Aquí sale el señorito.

(Toma la ropa y vase por la puerta del foro.

ESCENA IX.

ANTONIO *y* FERNANDO, *que sale por la puerta de la derecha.*

ANTONIO. Fernandillo.

(Yendo hacia él y arrojándose en sus brazos.)

FERNANDO. ¡Antonio! (*Estrechándole.*)
ANTONIO. Así;
aprieta, aprieta.
FERNANDO. ¿Qué tal?
ANTONIO. Ya me ves. ¿Y tú?
FERNANDO. Tal cual.
ANTONIO. ¡Qué gozo!
(*Tendiéndole de nuevo los brazos.*)
FERNANDO. Siéntate, aquí.
(*Siéntanse ambos.*)
ANTONIO. Ay chico, horrendo vïaje.
FERNANDO. ¿Y hace mucho que has llegado?
ANTONIO. No más que lo que he tardado
tan solo en cambiar de traje.
Pensé que aquí te hallaría
y no me engañó mi anhelo.
FERNANDO. Pasar los veranos suelo
con la marquesa mi tia.
ANTONIO. Juntos por fortuna os hallo.
¿Y Clara? ¿Y Luis?
FERNANDO. Buenos.
ANTONIO. Oh,
curáralos yo sinó
en ménos que canta un gallo.
FERNANDO. Que eres hombre de provecho
sé, y el parabien te doy.
ANTONIO. Sí, amigo mio, ya soy
un doctor hecho y derecho.
Y ya verás cuál me afano,
y que no cómo ni duermo
por enterrar al enfermo
y hacer enfermar al sano.
¿Y tú te diviertes?
FERNANDO. Sí...
ANTONIO. ¡Lo dices de un modo!
FERNANDO. Lucho
contra un mal...
ANTONIO. Me alegro mucho:
prefiero ensayarme en tí.
FERNANDO. ¿Ensayarte ¡qué imprudencia!
en mí que tu amigo soy?
ANTONIO. Yo siempre al amigo doy
en todo la preferencia.
Obraré con juicio y calma;
y si no te pongo bueno
ántes de un mes...
FERNANDO. No hay Galeno

que cure males del alma.
Y á curarme no te obligo
porque ya comprenderás...

ANTONIO. Si el médico está demás,
podrá curarte el amigo.

FERNANDO. Ya sabes que fué pactada
con Clara há tiempo mi union,
y hoy que sus hechizos son
maravilla de Granada,
sin que haya quien lo dificra,
me va á dar mano de esposa

ANTONIO. Pues dígote que es la cosa
para afligir á cualquiera.
¡ Ah!.. Ya caigo... Es en el dia
tan coqueta la mujer,
y hay tanto... ¿ Tendrás que hacer
á algun pollo una sangría?

FERNANDO. No tal; Clara es virtüosa.

ANTONIO. Entonces yo no me explico
por qué te quejas.

FERNANDO. ¡ Ay chico !

ANTONIO. Vamos, dí.

FERNANDO. ¡ Clara es celosa! (*Levantándose.*)

ANTONIO, De eso que te ama se infiere.

FERNANDO. Me quiere de tal manera,
que ojalá no me quisiera
tanto ¡ay Dios! como me quiere.

ANTONIO. Perdona, amigo, si toco
(*Levantándose tambien.*)
la llaga: cuando has notado
que te quiere demasiado,
es que tú la quieres poco.

FERNANDO. ¡ Saben los divinos cielos
que solo por ella vivo!
Lo que yo juzgo excesivo
no es su amor, sino sus celos.
Fuera mi dicha cumplida
sin las rarezas de Clara,
y á costa se las quitára
de la mitad de mi vida.
Pero ¡ ay! al mal que padece
no hay remedio, y más se inflama
con mi tierno amor, cual llama
que más con el viento crece.
Presa de fatal delirio
toda reflexion desdeña;
y en ser infeliz se empeña,

y se goza en mi martirio.
Discurriendo á troche y moche
vive en afan sempiterno;
y esta casa es un infierno
por mañana, tarde y noche.
Cada vez novia distinta
me cuelga: si hoy es Mariana
ó Luisa, ó Concha, mañana
será Matilde ó Jacinta.
No hay locura no hay exceso
de que capaz no me crea;
ni hay mujer bonita ó fea
por quien yo no pierda el seso.
Y al armarme un embolismo,
tal lo adereza y dispone,
que á veces, Dios me perdone,
me hace dudar de mí mismo.
En contínua actividad
todo lo observa, y de todo
saca ella indicio á su modo
de nueva infidelidad.
Cualquier nimiedad irrita
su vil pasion; no me es dado,
sin que haya algun altercado,
ni estrenar una levita.
Cuando mucho se dilata
mi sueño, á mi bella plugo
tratarme bien; si madrugo,
es porque bien no me trata.
Y firme en su empeño loco
de hallar en todo misterio,
no le gusta verme serio,
ni verme alegre tampoco.
Preso en tan estrechos grillos
dejo con santa paciencia
que abra mi correspondencia,
que registre mis bolsillos.
Aquí aguardo, hecho un cartujo,
á que ella quiera salir,
y me saque á relucir
como un objeto de lujo.
Y por miedo á sus enojos
ni hablo ni miro siquiera,
que de esclavitud tan fiera
ni aun están libres los ojos.
Cuando algun respiro obtengo
y suelto algun paso doy,

ella sabe á dónde voy,
dónde estoy, de dónde vengo.
Y nada, en fin, se le escapa
porque, á la menor sospecha,
por órden suya me acecha
toda una ronda de capa.
Hay para darse al demonio;
es cosa de no poder
respirar, cosa de hacer
un disparate. Ay, Antonio,
cásate con la que sea
más pobre y más gastadora,
más necia y más habladora,
más presumida y más fea;
con una mujer que abrume
á todo hombre á quien se llegue,
con una mujer que juegue,
con una mujer que fume;
con una, en fin, tan odiosa
que espante verla no más,
pero no, nunca, jamas
con una mujer celosa.

ANTONIO. Pues, si aunque púdica y bella
ella es tal que así te oprime,
y por ella sufres, díme
¿porqué te casas con ella?

FERNANDO. ¿No ves que así lo reclama
antiguo y solemne pacto;
que si ahora yo me retracto
en riesgo pongo su fama?
Ni hay solo para esta union
una razon de decoro;
me caso, porque la adoro
con todo mi corazon.

ESCENA XI.

DICHOS *y* LUIS.

LUIS. Señor don Antonio, bravo.

ANTONIO. ¡Luis!...

LUIS. Me gusta la cachaza.
Ni te has dignado siquiera
darme aviso...

ANTONIO. Este me estaba

contando cosas y...

FERNANDO. Cierto:
yo le he entretenido.

ANTONIO. Vaya,
dame los brazos.

LUIS. No pienses
que así mi enojo desarmas.

ANTONIO. Eh, ven acá, buena pieza.
(*Abrazándole.*)

LUIS. Tú sí que eres linda alhaja.—
¿Y qué diablos te decia
Fernando?

ANTONIO. Me noticiaba
su próximo casamiento
con tu bellísima hermana.

LUIS. (Si yo averiguase...)

ANTONIO. ¿Y tú?

FERNANDO. Toma; tambien él se casa.

ANTONIO. ¿Tambien?

LUIS. (Segun y conforme.)

ANTONIO. ¿Quién es la ninfa que alcanza...?

FERNANDO. Una hermosa huerfanita
á mi tia encomendada.

ANTONIO. ¿Y tiene...?

FERNANDO. Ruin patrimonio,
pero es opulenta en gracias
y en virtud.

LUIS. (Cuando yo digo!...)

ANTONIO. A bien que á Luis no le falta...
¿Y cuándo, cuándo tendremos
boda?

FERNANDO. A un tiempo celebradas
serán las dos, no bien lleguen
las dispensas necesarias
para la mia.

ANTONIO. A ver quién
sirve mejor á la patria.
¿Está visible tu madre?

LUIS. Sí.

ANTONIO. Pues voy á saludarla
y me ausento.

FERNANDO. Bah...

LUIS. ¿Tan pronto?

ANTONIO. Sí: desde esta madrugada
no ha entrado en mi cuerpo más
que una pócima nefanda
que en el parador dijeron

ser chocolate.

FERNANDO. ¿Y te marchas por eso?

ANTONIO. Pues digo...

FERNANDO. A fé que estás oportuno.

LUIS. Aguarda y almorzarás con nosotros.

FERNANDO. Mal que te pese.

LUIS. A la trágala.

ANTONIO. Bien, corriente. ¿Y á qué hora se acostumbra en esta casa...?

FERNANDO. Temprano.

ANTONIO. Sí, cuanto antes que yo traigo hambre atrasada.

LUIS. ¿Ves? Ya está puesta la mesa.

ANTONIO. Ya lo veo. Lindas trazas tiene esta quinta.

FERNANDO. Es un cármen precioso.

ANTONIO. Mucho me agrada. Pero ¿no vamos á ver á tu madre?

LUIS. Vamos. Pasa.

(Empujando á Antonio para que pase primero. Ambos entran por la puerta de la izquierda de segundo término. Cuando Fernando va á entrar tambien sale Clara por la puerta del foro y le llama.)

ESCENA XII.

FERNANDO *y* CLARA.

CLARA. Eh, Fernando.

FERNANDO. ¡Clara mia!

CLARA. ¡Qué visita tan pesada!

FERNANDO. Si es Antonio.

CLARA. ¿Antonio?

FERNANDO. El mismo: ha llegado esta mañana.

CLARA. Ya sabes que no me gustan los amiguitos.

FERNANDO. Repara...

CLARA. No sirven más que de estorbo.

FERNANDO. Adviérte...
CLARA. Son una plaga.
FERNANDO. Bien : no insisto ; pero deja
que bese tu mano.
CLARA. Aparta.
FERNANDO. ¡ Clara , por piedad !
CLARA. No hay beso.
FERNANDO. (Pues está ménos airada
de lo que yo me temía.)
Clarita...
CLARA. En balde te cansas.
Sí , si ; contenta me tienes.
FERNANDO. ¿ Volvemos á las andadas?
CLARA. Pues qué , cuando tú me olvidas ,
cuando inconstante me agravias ,
¿ yo he de mostrarme contigo
afable , halagüeña ? Nada
de eso. Tus desdenes pago
con desdenes. No es tan blanda
mi condicion.
FERNANDO. ¡ Cuán injusta...!
CLARA. Cierto que sí.
FERNANDO. ¡ Cuán ingrata...!
CLARA. Muy ingrata , mucho.
FERNANDO. Dime
de tus enojos la causa.
(Harto la sé.)
CLARA. Bah , no finjas.
¿ Cómo puedes ignorarla ?
¿ En dónde se estuvo anoche
su merced hasta las tantas ?
FERNANDO. Sosiégate.
CLARA. ¿ A dónde fuiste?
Quiero saberlo : ¿ qué tardas
en responder ?
FERNANDO. Doña Antonia
me invitó al baile que daba
con motivo...
CLARA. ¿ Y fuiste ?
FERNANDO. Hacía
por lo menos tres semanas
que no iba á verla , y creí
deber reparar mi falta.
A haberlo sabido , ¿ hubieras
dejado que me ausentara ?
CLARA. No.
FERNANDO. Por eso lo mejor

fué no decirte palabra.

CLARA. ¿Y había muchas señoras en el baile?

FERNANDO. Muchas.

CLARA. ¿Guapas?

FERNANDO. Guapas.

CLARA. ¿Y estaba Clotilde?

FERNANDO. Y Rosa, y Cármen, y Paca.

CLARA. ¿Y hablaste con ellas?

FERNANDO. Sí.

CLARA. ¿De qué?

FERNANDO. De modas, de galas, de teatros.

CLARA. ¿Nada mas?

FERNANDO. Nada mas.

CLARA. ¿Y te miraban?

FERNANDO. En tanto que hablé con ellas no se volvieron de espaldas.

CLARA. ¿Conque se pasó el ratillo?

FERNANDO. Así, así.

CLARA. Y tú que valsas tan bien, ¿bailarías?

FERNANDO. Mucho fatiga en junio la danza: con todo, bailé una polka.

CLARA. Yo lo celebro.

FERNANDO. ¿Sí? Gracias.

CLARA. Y allá sin duda estarías... ¿Qué tiempo?

FERNANDO. Tres horas largas.

CLARA. Largas, ¿eh?

FERNANDO. Largas.

CLARA. ¿Y luego?

FERNANDO. El coche me trajo á casa.

CLARA. Vamos, que algo más habria por allí.

FERNANDO. Sí, me olvidaba... Hubo té, dulces, helados, golosinas...

CLARA. Calla, calla. ¿Pues no se burla el inicuo de los males que acibaran mi vida por culpa suya? Esto solo nos faltaba.

FERNANDO. Y ¿qué he de hacer? Tu locura no merece sino lástima ó risa. ¿Por qué sospechas

de quien ciego te idolatra,
de quien tiene en tu cariño
toda su dicha cifrada?
Desecha las torpes dudas
con que á tí misma te agravias;
vence el sentimiento indigno
de que ahora gimes esclava,
y comprenderás entonces,
sin nueva desconfianza,
que por tí, mi bien, tan solo
de amor mi pecho se abrasa,
que solo viéndote vivo,
que eres alma de mi alma.
Ven aquí. Cristal dichoso,
(*Poniéndola delante de un espejo.*)
que en tí miras retratada
á aquella en quien yo me miro
con indefinibles ansias,
dile que sus lindos ojos
afrentan del sol la llama,
al rojo clavel sus labios,
su airoso talle á la palma;
y que no debe en su pecho
dar á los celos entrada
tan peregrina belleza
que al mismo sol se los causa.

CLARA. Fernando, Fernando mio,
qué bien mi cariño pagas.
Perdóname.

FERNANDO. Si me ofreces
no ser celosa ni rara...

CLARA. ¡Oh! sí; te juro... ¿Qué es esto?
(*Reparando en la punta de un papel que asoma por un bolsillo de la ropa de Fernando y apoderándose de él.*)

FERNANDO. ¿No lo estás viendo? Una carta.

CLARA. ¿De quién?

FERNANDO. De un amigo mío;
de un calaveron: no la abras.

CLARA. Ay, ya la abrí. (*Abriéndola.*)

FERNANDO. Pues no leas:
(*Viendo que Clara va á leer la carta.*)
mira que está redactada
en términos poco dignos.

CLARA. ¿De veras? Si no me engañas;
si es de una mujer.

FERNANDO. Eh, dale.

CLARA. Te lo conozco en la cara.
FERNANDO. Dame, suelta.
CLARA. Ni por pienso.
FERNANDO. Ten juicio.
CLARA. Por tí me falta.
FERNANDO. ¡ Qué terca ! Dame.
CLARA. Si digo
que he de leerla.
FERNANDO. Bien: sacia
tu curiosidad maldita :
lee, lee...
(*Siéntase cerca de la mesa de té y empieza á hojear un libro.*)
CLARA. En eso estaba.

«Fernando : dicen (*Leyendo.*)
que en riesgo estás
de hacer aquella
barbaridad,
que es del sosiego
punto final.
Clara es sin duda
un ángel ; mas
el cielo tenga
de tí piedad,
si un año y otro
se empeña en dar
muestras de rara
fecundidad... »

¡Ay, qué bochorno!
FERNANDO, Ya ves,
ya ves cómo te engañaba.
CLARA. Y tú, ¿ por qué me has dejado
leer esto ?
FERNANDO. Vamos, Clara,
no me desesperes.
CLARA. Dices
muy bien ; yo soy la culpada.
Válgame Dios : te prometo
no hacerlo mas. ¡Quién pensára !
No seas tan rencoroso.
Ya estoy harto castigada.
FERNANDO. ¡Eh ! Déjame.
CLARA. ¿No querias
besarme la mano ?
FERNANDO. Aparta.
CLARA. Ea, Fernandito... escucha...

mira...
FERNANDO. (Ya soy hombre al agua.)
CLARA. Hagamos las paces.
FERNANDO. No.
CLARA. ¿Qué estampa es esa?
FERNANDO. Una estampa.
CLARA. ¡Pues! Una mujer.
FERNANDO. Más cuerda
fué que tú.
CLARA. Si ella no amaba...
FERNANDO. Amaba con juicio.
CLARA. ¿Y fué
tambien más bonita?
FERNANDO. ¡Vaya!
¡Mil veces más!
CLARA. ¿Sí? Malditos
libros, malditas estampas.
(Cogiendo y tirando el libro que va á caer á los pies de Luis, que en este momento se presenta en la puerta de la izquierda de primer término.)
LUIS. ¿Qué es esto?
FERNANDO. Que no hay paciencia
para sufrir á tu hermana.
(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIII.

CLARA *y* LUIS.

LUIS. ¿Habeis reñido?
CLARA. Y quizá
para siempre.
LUIS. ¿Por qué causa?
CLARA. ¿Por qué?.. Por que sí. No hay duda,
Fernando ya no me ama.
En vano quiero á mí misma
engañarme. Son tan claras
las pruebas de su desvío....
LUIS. Conque ¿eso hay?
CLARA. Eso; y jurara
que ama á otra.
LUIS. ¿A quién?
(Con gran interes.)
CLARA. Lo ignoro.
LUIS. ¿Lo ignoras?
CLARA. ¡Ay desdichada

de mí!

LUIS. Tú me ocultas algo.

CLARA. ¿Yo?

LUIS. Seguro. ¡Y aún dudaba!

CLARA. ¡Cómo! ¿Sabes?..

LUIS. Mucho.

CLARA. Di cuanto sepas.

LUIS. Por desgracia, nada sé de fijo.

CLARA. Pero sospechas?....

LUIS. Sospecho.

CLARA. Ay, habla.

LUIS. Ántes deja...

(Va y se asoma á las puertas.)

CLARA. ¡Qué misterio!

LUIS. ¡La cosa es grave!

CLARA. Me alarmas.

LUIS. Anoche vino Fernando
muy tarde.

CLARA. No lo ignoraba.

LUIS. Como están en una misma
habitacion nuestras camas...

CLARA. Noticia fresca.

LUIS. Te advierto
que callo si tú no callas.
Como él se durmió en seguida...

CLARA. Bien ¿y qué?

LUIS. Como yo estaba
desvelado...

CLARA. ¿Y eso?..

LUIS. Escucha:
Fernando sueña en voz alta.

CLARA. ¡Oh! ¿Y soñaba con alguna
mujer?

LUIS. Sí.

CLARA. Vaya una gracia.
¡Ah pérfido! ¿Y qué decia?

LUIS. No, decir, no dijo nada.

CLARA. ¿Nada..?

LUIS. Esto es, dijo solo,
y no una vez, sino varias,
el nombre de una mujer.

CLARA. Ya, el de Julia.

LUIS. No.

CLARA. ¿El de Juana?

LUIS. Tampoco.
CLARA. El de Amparo.
LUIS. Ménos.
CLARA. Ya caigo; el de la cuñada
del brigadier.
LUIS. No.
CLARA. Quizá
sería el de mi tocaya.
¿Quizá el de aquella señora,
ya machucha, que en Granada
vive cerca de nosotros
y está siempre á la ventana?
¿Quizá el de aquella viudita
que en el teatro le echaba
los lentes?
LUIS. Finges, ó estas
muy torpe.
CLARA. ¿No fué el de Laura
ni el de Cármen, ni el de Lola,
ni el de la niña de Várgas,
ni el de la hermana de Pérez,
ni el de.... ¿No? Pues ¿á qué aguardas?..
LUIS. Óyelo al punto.
CLARA. Dí, ¿cuál?
LUIS. Yo tenía ya fundadas
sospechas y al cabo...
CLARA. Mira
que de impaciencia me matas.
LUIS. El nombre que dijo en sueños...
Vamos, yo estallo de rabia
si lo que me temo sale
verdad.
CLARA. ¡Oh! ¿Qué nombre? Acaba.
LUIS. ¡Ay! El nombre de María.
CLARA. ¿El de María?
LUIS. Sí, Clara;
el de la mujer que debe
ser mi esposa, el de mi amada
María.
CLARA. ¿Qué escucho?
LUIS. Á veces
las apariencias engañan,
y aún dudo...
CLARA. Pues, necio, ¿todo
no está más claro que el agua?
LUIS. ¿Eh?
CLARA. Que Fernando por otra

me olvida, es cosa probada.

LUIS. Con efecto.

CLARA. Que María
á tí no no te quiere, salta
á los ojos. Tú sin tregua
culpas su desden.

LUIS. Con harta
razon.

CLARA. De dia y de noche
él se está metido en casa
y no es por mí.

LUIS. Ya te he dicho
que mis recelos no datan
de ayer; pero como soy
propenso á la confïanza,
y cuenta en su seno á entrambos
la familia, y no me agrada
pensar mal de nadie...

CLARA. Ahora
me explico ciertas miradas,
ciertos guiños; ahora entiendo
por qué esta misma mañana
evitó que yo la ropa
de Fernando registrara.
Sin duda temió que hallase
prenda ó papel que sus tramas
pusiese en claro. ¿Y no ves
cómo sin cesar se alaban
el uno al otro? Es lo cierto
que yo tambien sospechaba,
sino que hasta hoy no me había
dado cuenta...

LUIS. ¡Ah inícua! ¡Ah falsa!

CLARA. ¡Ah traidor! ¡Ah...!

LUIS. Si no fuera
mi primo...

CLARA. ¡Qué bien nos tratan!

LUIS. Lo mejor será matarle.

CLARA. ¡Oh, Luis, matarle!

LUIS. O matarla.

CLARA. ¡Jesus!

LUIS. O matarme yo.

CLARA. Por Dios, modera tu saña,
y cálmate, que estas cosas...

LUIS. Sí, estas cosas...

CLARA. Piden calma.

LUIS. Mas ¿qué haremos?

CLARA. Confundirlos
con las pruebas de su infamia.
LUIS. ¿Y romper con ellos?
CLARA. Justo.
Y hacerles ver que no falta
quien nos ame.
LUIS. Yo enamoro
desde hoy mismo... á la criada,
para que la afrenta sea
mayor.
CLARA. Ántes me miraba
Antoñito: la fortuna
nos le trae: si se declara
y mamá consiente en ello,
con él me caso mañana
á más tardar.
LUIS. Bien pensado:
venguémonos.
CLARA. ¡Oh, venganza!
Ahora vete.
LUIS. ¿Porqué?
CLARA. A solas
quiero que entre los dos haya
una explicacion.
LUIS. Pues firme
en él.
CLARA. Yo le diré cuántas
son cinco.
LUIS. No hay que ablandarse.
(*Hace que se va y vuelve.*)
CLARA. No, descuida.
LUIS. Háblale al alma
CLARA. Y tan al alma.
LUIS. ¿Y si niega?
CLARA. ¡Oh! Que niegue.
LUIS. ¿Y si se enfada?
CLARA. Que se enfade.
LUIS. ¿Y si recurre
á suspiritos y lágrimas?
CLARA. Á mí que suspire y llore.
LUIS. ¿Y si...?
CLARA. Por Dios, que te vayas.
(*Hace como que ve venir á Fernando.*)
LUIS. ¿Luego me dirás...?
CLARA. Sí, todo.
LUIS. Vendré aquí.
CLARA. Bien. ¡Qué cachaza!

LUIS. Y yo...
CLARA. Vete.
LUIS. Ay, señor primo,
quien mal anda mal acaba.
(*Vase por la puerta de la izquierda de primer término.*)
CLARA. Valor y serenidad
que es lo que más me hace falta.

ESCENA XIV.

CLARA *y* FERNANDO.

FERNANDO. ¿Aún andas tú por aquí?
CLARA. Quiero que hablemos, Fernando.
¿Lo sientes?
FERNANDO. Lo siento, sí.
CLARA. (Qué bien que se va explicando.)
¿Dura el enojo?
FERNANDO. La pena,
que no el enojo, me dura.
CLARA. Pues dame la enhorabuena;
ya se acabó mi locura.
FERNANDO. Conozco tu veleidad.
CLARA. Es que estoy muy convencida
de que dices la verdad
cuando juras por tu vida
que una mujer solamente
tu pecho de amor abrasa,
y que esa no vive ausente
sino dentro de esta casa.
Necia yo que en otra parte
pensé que ibas á buscar
lauros que sin molestarte
aquí puedes alcanzar.
FERNANDO. Con harta razon infieres
que es infundada manía...
CLARA. Me consta que solo quieres...
FERNANDO. Solo á tí.
CLARA. Solo á María.
FERNANDO. ¡Qué!
CLARA. La traicion es palmaria.
FERNANDO. ¿Habrá mayor desvarío?
CLARA. Si era yo muy visionaria:

¿verdad que sí, dueño mio?

FERNANDO. Déjame, aparta. No hay hombre
más infeliz. ¿Quién pensó
nunca en María?

CLARA. Su nombre
pronuncias en sueños.

FERNANDO. ¿Yo?

CLARA. Anoche Luis desvelado
te oyó soñar con tu bella.

FERNANDO. Pues; no hay más; Luis ha soñado
que yo soñaba con ella.

CLARA. Oh, no finjas. Hasta ahora
que la amabas ignoré,
pero que ella á tí te adora,
ya hace tiempo que lo sé.

FERNANDO. Pues ¿no ama á Luis?

CLARA. Le desprecia,
solo á tí te rinde culto,
y su amor, como es tan necia,
no sabe tenerle oculto.

FERNANDO. ¡Oh!

CLARA. No cesa de alabarte.

FERNANDO. ¿Que me alaba?

CLARA. Y cuál te mira.

FERNANDO. ¿Que me mira?

CLARA. Y al mirarte
se turba, tiembla y suspira.

FERNANDO. Quisiera olvidarlo todo;
mas me llena de amargura
que calumnies de tal modo
á esa pobre criatura.

CLARA. No hay calumnia en lo que digo;
y ántes pienso que es favor
el prestarme á ser contigo
medianera de su amor.

FERNANDO. ¡Por vida...! ¿Tan ruines celos
en mujer tan adorada?
Si esto es cuando novia, cielos,
¿qué será cuando casada?
¿Quién de su paciencia ha dado
prueba más larga y costosa?
Ni Job, que Job á su lado
no tuvo mujer celosa.

CLARA. Aun cuando ella es mi enemiga
veo que vale...

FERNANDO. Un tesoro.

CLARA. ¿Y qué quieres que le diga

de tu parte?

FERNANDO. Que la adoro.

CLARA. Lo haré así.

FERNANDO. Yo te lo ruego.

CLARA. En ella piensa entretanto.

FERNANDO. ¿Cómo no?

CLARA. Pues hasta luego.

FERNANDO. ¡Oh qué mujer!

CLARA. ¡Oh qué santo!

FERNANDO. ¿Qué aguardas?

CLARA. Será preciso que Luis sepa...

FERNANDO. Sí.

CLARA. No es justo...

FERNANDO. Cierto.

CLARA. Y nuestro compromiso dió fin.

FERNANDO. ¡Qué gozo!

CLARA. ¡Qué gusto!

FERNANDO. Cien hay que tu amor desean.

CLARA. A otra el tuyo vendrá bien.

FERNANDO. Malditos los celos sean, por siempre jamas...

CLARA. Amen.

ESCENA XV.

DICHOS, MARIA *y á poco* LUIS.

(Ambos salen por la puerta de la izquierda de primer término.)

MARIA. Madre te llama.

CLARA. ¿Y aquí vienes por darme el recado?

LUIS. ¿Qué hay? (*Bajo á Clara.*)

CLARA. Que se quieren. (*Bajo á Luis.*)

LUIS. ¿Sí?

CLARA. Sí. Él mismo lo ha confesado.

LUIS. ¡Oh! (*Alto, sin poderse reprimir.*)

MARIA. ¿Qué pasa?

CLARA. ¿Qué..? No quiero (*Violentamente y luego reprimiéndose.*)

hacer una...
(*Váse precipitadamente por la puerta de la izquierda de primer término.*)
FERNANDO. Yo la sigo...
LUIS. Oiga usted. (*Deteniéndole.*)
FERNANDO. Eh, majadero, (*Rechazándole.*)
el diablo cargue contigo. (*Vase por donde Clara.*)

ESCENA XVI.

MARIA *y* LUIS.

MARIA. Esplícame.
LUIS. Falsa,
perjura.
MARIA. ¿Qué es esto?
LUIS. Y yo qué menguado,
qué torpe, qué ciego.
Le quieres, te adora.
MARIA. ¿Qué dices?
LUIS. Silencio.
MARIA. Escúchame.
LUIS. Inútil.
es ya el fingimiento.
MARIA. ¿Quién finge?
LUIS. No aumentes
mi furia.
MARIA. Acabemos.
LUIS. ¿Te vas?
MARIA. Por decoro.
LUIS. Por miedo.
MARIA. ¿Yo miedo?
LUIS. Sin duda.
MARIA. Pues habla.
LUIS. Me ahoga el despecho.
MARIA. No hay más, está loco.
LUIS. ¿Te ries?
MARIA. Cual debo.
LUIS. ¡Qué audácia!
MARIA. La tuya.
LUIS. ¿Y aún niegas?
MARIA. ¿Qué niego?
LUIS. Tu culpa.
MARIA. ¡Dios mio!
LUIS. Tu crímen horrendo.

MARIA. ¿Qué hay?
LUIS. Que me engañas.
MARIA. ¿Yo á tí?
LUIS. Sí por cierto.
MARIA. Y ¿en qué?
LUIS. ¿No lo sabes?
MARIA. Lo ignoro.
LUIS. Comprendo
que vas á decirme,
cual sueles hacerlo,
que son insensatas
mis dudas, que veo
visiones, que unidas
las almas tenemos,
por mútuo cariño,
con vínculo eterno.
Verdad es que teme
quien ama; confieso
que á veces de injusto
pequé en mis recelos;
pero hoy tengo pruebas.
MARIA. ¡Jesus, que me alegro!
LUIS. Pues dí, fementida,
¿viste algo en mis hechos
que no fuese digno
de lóa y de premio?
¿No estaba mi enlace
contigo resuelto?
¿Qué amor tan humilde,
tan fiel, tan inmenso,
tan puro cual este,
que aún arde en mi pecho?
¡Mujeres, qué pronto,
pensé conoceros!
¡Cuán justa la pena
que sufro por necio!
MARIA. Atiéndeme, escucha.
LUIS. ¡Oh pérfido sexo,
nutrido en ponzoña,
de flores cubierto!
¡Qué dicha, si logro
los males acerbos
causados por una
vengar sobre ciento!
MARIA. Resuelve el enigma,
explícate al ménos.
LUIS Repito que le amas,

que te ama sostengo;
y así se comprende
porqué nunca vemos
al nuevo Tenorio
con rostro halagüeño;
porqué á mí me trata
con tanto despego,
y es Clara á sus ojos
un puro defecto;
en tanto que, al cabo
su amor descubriendo,
de tí no se aparta
ni un solo momento,
y ufano te cita
cual raro modelo
de gracia, belleza,
virtud y talento,
y solo procura
cumplir tus deseos,
y sueña contigo.

MARIA. ¿Quién hace todo eso?

LUIS. El mismo Fernando:
confiesa que es cierto.

MARIA. ¿Fernando mi amante?

LUIS. Permitan los cielos
que pronto le mires
en brazos ajenos,
y exhales en vano
suspiros al viento:
que nadie en la vida
pretenda tu afecto:
que nombre de esposa
ya nunca te demos.
Y el cielo permita,
si yo con el tiempo
sintiese por otra
amor verdadero,
que instante no goce
de paz ni contento;
que llore perfidias;
que rabie de celos;
que el diablo me lleve...

ESCENA XVII.

DICHOS, ANTONIO *y á poco* PEDRO *y* JUANA.

ANTONIO. Pero hombre, ese almuerzo....
LUIS. ¿Qué almuerzo?
ANTONIO. Me gusta.
LUIS. Ah, sí; ya me acuerdo.
Perdona, querido...
Muchacha.
(Tirando del cordon de la campanilla.)
ANTONIO. Yo tengo
las diez....
(Mostrando el reloj.)
LUIS. ¡Condenados!
(Impacientándose por grados y tirando con más fuerza del cordon de la campanilla.)
ANTONIO. Y ya desfallezco.
LUIS. ¡Por vida!
ANTONIO. Tú siempre
tan vivo de génio.
LUIS. ¡Oh! Pedro.
ANTONIO. Qué bulla.
LUIS. Muchacha. ¡Hola! Pedro.
PEDRO. Señor.
(Saliendo por la puerta de la izquierda de segundo término.)
JUANA. ¿Qué se ofrece?
(Idem por la del foro.)
LUIS. ¿No oiais?
(Cogiendo una silla y amenazando á Pedro.)
MARIA. ¡Oh!
(Acercándose á detenerle.)
ANTONIO. Quieto.
(Sujetándole por un brazo.
PEDRO. ¡Qué manos tan largas!
JUANA. Sosiegue usté el pecho.
LUIS. A ver si almorzamos...
JUANA. ¡Mal haya....!
PEDRO. Corriendo.
(Vanse por el foro.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, *ménos* PEDRO *y* JUANA.

LUIS. Qué gente, Dios mio:
felices aquellos
que no necesitan
servicios ajenos.
Mas yo indemnizarte
de todo prometo.
Verás cómo al punto...
(*Bajo á María que está á su lado y se muestra afligida.*)
(¿ A qué esos lamentos ?)
Logramos... (No finjas.)
que al fin... (No te creo.)
ANTONIO. ¿Qué dices?
LUIS. Sí, chico;
verás que al momento...
(¿ Yo amarte?) nos sirven...
(Jamás.) el almuerzo
Verás que en la mesa....
(Jamás.) de otros tiempos
al son de las copas
se evoca el recuerdo.
Segun mis noticias,
si no muy selectos...
(Traidora.) los platos
serán suculentos.
Entre otras cosillas
perdices tenemos.
ANTONIO. ¡ Perdices !
LUIS. ¿ Te gustan ?
ANTONIO. Oh, mucho.
LUIS. Me alegro
Yo mismo... (¡Qué vanos
son ya tus esfuerzos !)
cazando ayer tarde
les dí fin sangriento.
ANTONIO. Ya es hora, á fé mia,
de darles entierro.
LUIS. Pues ven: elijamos,
á fuer de discretos,
algunas botellas

de vinos diversos:
y obtengan las mismas
señales de aprecio
el blanco y el tinto,
y el dulce, y el seco.

ANTONIO. ¡Qué rara alegría!

LUIS. De gozo reviento.
(¿Lo dudas?)

ANTONIO. ¿Qué causa?

LUIS. Despues hablaremos.
(La causa es que al cabo
de tí me liberto.)
Ven, ven

ANTONIO. Con permiso.
(A María, y dirígese hácia el foro en pos de Luis.)

LUIS. (¡Ah falsa!) Volemos.
(Despues de haber vuelto al lado de María.)
(¡Ah inicua!)

ANTONIO. ¿No vienes? *(Deteniéndose.)*

LUIS. Ya voy. (Te aborrezco.)
(Vanse ámbos por el foro.)

ESCENA XVIII.

MARIA, *y en seguida* FERNANDO.

MARIA. Jesus, Jesus ¡qué aprehension!
Dios mio ¡y que yo le quiera!

FERNANDO. Cá, imposible; no hay manera
de hacerla entrar en razon.

MARIA. Fernando...

FERNANDO. Esto es por demas.

MARIA. ¿Ve usted qué nueva salida?
Yo estoy absorta... aturdida...

FERNANDO. Yo estoy dado á Barrabas.

MARIA. Mas ¿qué motivo?... No infiero
cuál pueden haber tenido,
que usted...

FERNANDO. Sí, yo siempre he sido
con usted harto grosero.

MARIA. Lo cierto es que ambos con penas
y esclavos de amor constante
viéndonos á cada instante
nos hemos tratado apénas.

FERNANDO. Pues el nuevo sinsabor
les perdono de buen grado
si hoy ocasion nos han dado
de conocernos mejor.

MARIA. Pero ¿hay aprehension más rara?

FERNANDO. ¿Más necia?

MARIA. Buenos estamos.

FERNANDO. Y ¿qué dice Luis? Sepamos.

MARIA. Sepamos ¿qué dice Clara?

FERNANDO. En su ciego frenesí
que usted me adora asegura.

MARIA. Pues el otro afirma y jura
que usted se muere por mí.

FERNANDO. Segun ella, usted me mira
y de alabarme no cesa.

MARIA. Segun él, usted confiesa
que por mí solo suspira.

FERNANDO. Hay para ahorcarse.

MARIA. Yo opino
que reirse es más prudente.

FERNANDO. Cierto; mofa solamente
merece tal desatino.
Pero si yo ¡vive Dios!
si yo como un animal
la quiero aún.

MARIA. Suerte igual
nos ha cabido á los dos.

FERNANDO. Y esto es vivir en un potro.

MARIA. Haga usted por convencer
á Clara.

FERNANDO. Imposible. A ver
si convence usted al otro.

MARIA. Será vana tentativa.

FERNANDO. Pues ¿qué se hace?

MARIA. Sí; ¿qué hacemos?

FERNANDO. Hoy, ante todo, formemos
alïanza defensiva.
Y ya que á eterna ansiedad
condenarnos quiso el cielo,
busquemos ámbos consuelo
en nuestra mútua amistad.

MARIA. Necia yo si tal merced
con júbilo no aceptára.

FERNANDO. ¡Si como usted fuese Clara!

MARIA. ¡Si fuese Luis como usted!

ESCENA XIX.

DICHOS: LUIS Y ANTONIO, *que salen por la puerta del foro seguidos de* JUANA *y* PEDRO, *el cual coloca sobre la mesa varias botellas que traerá en una cesta: la* MARQUESA *y* CLARA.

LUIS. (¡Que siempre juntos esten!)
CLARA. ¡Solos!
MARQUESA. ¿Eh?
CLARA. Nada.
MARQUESA. Crei.
(*Pedro y Juana acercan la mesa al proscenio.*)
PEDRO. ¿Se trae el almuerzo?
MARQUESA. Sí.
(*Vanse por el foro Pedro y Juana.*)
ANTONIO. (¡Gracias á Dios!)
CLARA. Bien. (*Bajo á Fernando.*)
LUIS. Muy bien. (*Id. á María.*)
MARQUESA. Sentémonos. (*Siéntanse todos á la mesa.*)
ANTONIO. (¡Oh sabrosas
perdices, cómo os espero!)
CLARA. ¿Con qué la quieres? (*Bajo á Fernando.*)
FERNANDO. La quiero. (*Id. á Clara.*)
LUIS. ¿Qué os deciais? (*Bajo á María.*)
MARIA. ¡Tantas cosas! (*Id. á Luis.*)
MARQUESA. ¿Habrá ganillas? (*A Antonio.*)
ANTONIO. No... (Hay hambre.)
CLARA. ¿No la miras?
FERNANDO. Si te empeñas...
(*Fijando sus ojos en María.*)
CLARA. ¡Fernando!
(*María hace señas á Fernando para que no la mire.*)
LUIS. Que no hagas señas!...
CLARA. Ten.
(*Saltándosele las lágrimas y pellizcando en un brazo á Fernando para hacerle apartar los ojos de María.*)
FERNANDO. ¡Oh!
MARQUESA. ¿Qué es eso?
FERNANDO. Un calambre.
ANTONIO. ¿Se pasa?
CLARA. Crüel, impio.

FERNANDO. Ya pasó.
LUIS. (¡Llora mi hermana!)
Lo que es yo no tengo gana. (*Levantándose.*)
(Hablaremos, señor mio.)
(*Bajo á Fernando en tono amenazador.*)
MARQUESA. Pero...
LUIS. Dispensa. (*Á Antonio.*)
ANTONIO. ¿Estás loco?
MARQUESA. Hijo. (*Levantándose para detener á Luis.*)
LUIS. (¡Malditas mujeres!)
(*Váse por el foro, izquierda.*)
CLARA. Mamá.
MARQUESA. Luis. (*Siguiéndole.*)
CLARA. Mamá. (*Levantándose tambien.*)
MARQUESA. ¿Qué quieres?
(*Volviendo á ella enojada.*)
CLARA. Que yo no almuerzo tampoco.
(*Llorando, y váse corriendo tambien por el foro.*)
MARQUESA. ¡Niña... Usted, señor sobrino,
(*Encarándose con Fernando.*)
le habrá dado alguna pena.
FERNANDO. ¡Señora! (*Levantándose indignado.*)
ANTONIO. (Pues esta es buena.)
MARQUESA. Y tú á Luis. (*A María.*)
MARIA. (¡Cielo divino!)
(*Levántase igualmente muy afligida.*)
MARQUESA. Ay Antoñito, yo siento...
¿Qué hay? (*A María.*)
MARIA. (Suframos.)
MARQUESA. ¿Qué hay?
(*A Fernando, esforzando la voz.*)
FERNANDO. (Templanza.)
MARQUESA. Usted es de confianza...
(*A Antonio, como disculpándose.*)
ANTONIO. (¡Quién fuera de cumplimiento!)
MARQUESA. Hijo... Clara... (*Llamando.*)
ANTONIO. (No hay de qué.)
MARQUESA. Nada; no responden.
ANTONIO. (Fijo;
me quedo en ayunas.)
MARQUESA. Hijo ..
Clara... Clarita...
(*Váse por donde ántes Clara y Luis.*)
ANTONIO. ¡Y se fué!
FERNANDO. Pronto volverá mi tia;
con ella almuerza: ¡Qué suerte!

MARIA. (¡Pobre Fernando!) (*Vase por la izquierda.*)
ANTONIO. Oye, advierte...
(*Tratando de detenerle.*)
FERNANDO. Déjame. (¡Pobre María!) (*Váse por la derecha.*)

ESCENA XX.

ANTONIO: *en seguida* PEDRO Y JUANA, *por la derecha del foro.*

ANTONIO. Bien á un huésped se distingue
aquí. Pues yo no me presto...
(*Cogiendo arrebatadamente el sombrero y dirigiéndose hácia la puerta del foro.*)
¡Oh!
PEDRO. ¡Jesus!
(*Tropiezan ámbos. Cae sobre Antonio la fuente con vianda que trae Pedro y este viene á tierra. Juana al ver esto échase á reir.*)
ANTONIO. Bueno me ha puesto!
(*Acercándose á la nariz las solapas del gaban.*)
¡Delicioso olor á pringue!
JUANA. Ja... ja...
ANTONIO. ¡Y se ríe!
PEDRO. No vi...
(*Procurando incorporarse.*)
ANTONIO. No sé cómo no...
(*Levantando el puño sobre Pedro que cae de nuevo amedrentado.*)
JUANA. Arre allá.
(*Interponiéndose entre los dos.*)
ANTONIO. Yo no he comido, mas ya
me pueden comer á mí.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala decorosamente amueblada: á la derecha un sofá: á la izquierda un velador, y á su lado una butaca. Puerta en el foro; idem laterales.

ESCENA I.

PEDRO, *solo*.

Buen susto el de anoche. Gracias
á Dios que fueron soñados
los ladrones. El ladron
que me da á mí más cuidado
sí que es verdadero, y justos
los reconcomios que paso
por culpa suya. El Luisito
es buena alhaja. Canario
con el niño. La fortuna
es que tengo buen olfato,
y lo que es dármela á mí...
que si quieres... No me mamo
yo el dedo: sé yo muy bien
dónde me aprieta el zapato.
Pero señor ¿es posible
que esto se haga entre cristianos?
Y ella al verse cortejada
por un señorito, claro,
estará tan hueca. Y puede
suceder... Ay, si la atrapo
en un renuncio... Con él
no me atrevo, que es muy largo
de manos, pero con ella...
¿Pues no tiene el condenado
en casa la novia...

ESCENA II.

PEDRO : FERNANDO.

(*Sale por la puerta de la derecha, dando indicios de mal humor.*)

FERNANDO. Pedro.
PEDRO. Estos mocitos de ogaño
que necesitan un par...
(*Sin oir á Fernando, absorto en sus cavilaciones.*)
FERNANDO. Eh, Pedro. ¿En qué estás pensando?
(*Acercándose á él y con tono áspero.*)
PEDRO. Oh... Señor... En nada. Mande
usted.
FERNANDO. Ya sabes que aguardo
á don Antonio.
PEDRO. Sí; ya
lo sabía... Bien mirado
lo mejor es una tranca.
FERNANDO. ¿Qué dices?
PEDRO. No; nada.
FERNANDO. En cuanto
llegue, me avisas. (*Siéntase en el sofá.*)
PEDRO. Bien. (*Retirándose hacia el foro.*)
Ah. (*Volviendo.*)
Dése usted por avisado:
ahí viene.
FERNANDO. Déjanos solos.
PEDRO. (Es lo mejor; palo, palo.)
(*Vase por el foro á tiempo que sale Antonio.*)

ESCENA III.

FERNANDO : ANTONIO.

FERNANDO. Al fin viniste.
ANTONIO. Dormia
(*Sentándose en el sofá al lado de Fernando.*)
aún cuando tu recado
me dieron; aquí me tienes:

¿qué ocurre?

FERNANDO. Ya es necesario
llamarte para que vengas.

ANTONIO. No; no vengo (¿á qué ocultarlo?)
porque tu señora prima
con sus guiños y arrumacos
me tiene frito. Si quiere
darte celos, busque un sandio
(muchos hay) que no conozca
su fin, y caiga en el lazo,
que lo que es yo...

FERNANDO. Pobre Antonio;
¿piensas que no lo he notado?
Pero ¿qué te importa?

ANTONIO. Nada,
nada me importa. Es muy grato
ver que le toman á uno
por monigote. ¿Y el zángano
de Luis? Sin dejarme á sol
ni á sombra... Venga un abrazo,
Antoñillo. Ahí vá ese puro
que es de la vuelta de abajo.
¿Te gusta mi yegua? Pues
tómala, te la regalo.
Y todo con el objeto
de sonsacarme. Empeñado
en que tú nada me ocultas
en que yo sé... Por milagro
me contengo y no le doy
un pescozon. Pero vamos;
di tu: ¿qué me quieres? ¡Calla,
ahora noto. .! Estás muy pálido.
A ver el pulso. ¡Si tienes
calentura!

FERNANDO. No he pegado
un solo instante los ojos
en toda la noche.

ANTONIO. Estamos
frescos. Habla; sepa yo
por qué me llamas.

FERNANDO. Te llamo
porque necesito ayuda,
porque de cólera estallo,
y en el seno de un amigo
quiero desahogarme...

ANTONIO. ¿Acaso
los dos hermanitos siguen

con la misma tema?

FERNANDO. Esclavos
de una idea fija, nada
puede ya desengañarlos.
Lo que en un principio cosa
de poca entidad juzgamos,
fué como bola de nieve,
que crece y crece rodando.
Oyeras á Clara hablarme
de María, sin dejarlo
ni un momento. Si es muy bella,
me dice; si es un dechado
de modestia y de candor;
si es natural y yo aplaudo
que ella te ame y que la quieras
tú; si pareceis formados
uno para otro: y así
todo el dia, terminando
siempre estas escenas, como
ya supondrás, con relámpagos
y truenos. Luis no sé cuántas
veces me ha desafiado
á estas horas: su cancion
es la misma para el caso
que la de Clara, y el nombre
de María está zumbando
contínuamente en mi oido.
sin que yo pueda evitarlo.
Huérfana, sola en el mundo
la infeliz, sin más amparo
que el de esta casa, padece
dolor doblemente amargo;
pero todo lo soporta
resignada; de sus lábios
no sale una queja, y tiene
un corazon tan hidalgo,
que siendo yo de sus males
causa, aunque inocente, alcanzo
la dicha de merecer
su piedad. Mi tia cuando
rabian sus hijos, la pega
con nosotros. No le ha dado
mucho de aquí la divina
Providencia; ni es tan raro
que por amor á sus hijos
la pegue con los extraños.
Y no hay más; sabrá el orígen

de estos disturbios temprano
ó tarde, y entonces... Vaya,
Dios nos coja confesados.
(*Levántase dejando en el sofá un pañuelo que habrá tenido en la mano.*)

ANTONIO. ¡Pícaros celos!

FERNANDO. Parece
que se goza en fomentarlos
el mismo infierno. Por vía
de distraccion, he pintado
un paisaje; en él hay una
pastora con su rebaño...
y ¡ay chico; ay Antonio!..

ANTONIO. Díme;
eso ¿qué tiene de malo?

FERNANDO. ¿Qué tiene? Que segun ellos
la pastora es un retrato
de María.

ANTONIO. Y se parecen
como una alcachofa á un rábano.
¿Verdad, eh?

FERNANDO. No: lo terrible,
lo inaguantable del caso
es que se parecen, sí;
se parecen, no te engaño;
se parecen, que sin duda
movió mi pincel el diablo.

ANTONIO. Diabólica es la ocurrencia.

FERNANDO. ¡Y anoche! Jesus, qué rato
tan cruel: nunca le tuve
peor. Habían logrado
mis dos enemigos íntimos,
aburriéndome á destajo,
darme un dolor de cabeza
que ya, ya: vóime á mi cuarto
al fin; acuéstome; crece
el dolor; procuro en vano
conciliar el sueño; ansioso
de encontrar alivio, salto
de la cama, á la ligera
me visto y al huerto bajo,
creyendo que al aire libre
me iría mejor. ¡Aciago
pensamiento! Ya serían
las dos muy dadas: el caño
de la fuente y un cuclillo
con su monótono canto

turbaban solo el silencio:
poco trecho habia andado
cuando de pronto percibo
como un lamento lejano.
Párome absorto. La noche,
la soledad, el estado
en que yo me hallaba... todo
contribuyó... Sin embargo,
seguí adelante: más cerca,
más distinto suena al cabo
otro suspiro; la vista
dirijo hacia todos lados,
y, al resplandor de la luna,
reclinada sobre un árbol
una mujer me parece
distinguir: sigo avanzando
cautelosamente, y era
María anegada en llanto.
Tampoco habría podido
la cuitada hallar descanso
y en aquel sitio á lo ménos
sus ayes acongojados
exhalaba con entera
libertad. No sé qué extraños
sentimientos, cuando así
la vi, mi pecho agitaron.
María, al reconocerla
exclamé; y ella, Fernando,
exclamó asustada. Aquí
fué Troya. Clara sus pasos
habia seguido, oculta
allí, la estaba acechando:
viéndonos juntos, estalla
su furor, cae como un rayo
entre nosotros, nos dá
cien injuriosos dictados;
llora, maldice, patea;
para que huir no podamos
pónese delante; á voz
en grito llama á su hermano;
échase á sus pies María;
yo ruego, exijo, amenazo;
ruego y amenaza más
la enfurecen: desalado
llega Luis; de lo ocurrido
se entera; crece el escándalo;
despierta mi tia y hunde

la casa á campanillazos ,
y en medio de esta algazara
levántanse los criados
gritando, ladrones, unos;
y otros, fuego. A sosegar los
corro yo; para su madre
no sé qué excusa inventaron
Clara y Luis; y aquí nos tienes,
á ellos como nunca airados,
como nunca ciegos, prontos
á jurar, puestas las manos
en un altar, que María
y yo nos idolatramos;
á esa desdichada jóven
(pues el lance es sério y llano
que ha de saberse) perdida ,
deshonrada; á mí trinando,
loco, decidido á hacer
una de pópulo bárbaro,
ó á levantarme la tapa
de los sesos de un balazo.

ANTONIO. ¿Matarte tú? Pues seria
chistoso el lance. Matarlos
á ellos, vaya. Ten un poco
de paciencia, desdichado,
y siendo Clara tu esposa,
te afirmo que antes de un año
habrás sucumbido. ¡Y cómo
vas á morir! Como el santo
de las parrillas.

FERNANDO. Te engañas,
Antonio; ya no me caso.

ANTONIO. ¿No?

FERNANDO. No.

ANTONIO. Me alegro. De veras
que me tenía asustado
el tal casorio. Lo dicho:
valor, y dame los brazos.

FERNANDO. Ya sabes que las dispensas
de Roma para el pactado
casamiento á cada instante
se aguardan. Pues yo no aguardo
á que lleguen.

ANTONIO. ¿Por ventura?...

FERNANDO. Calla. *(Alarmado.)*
¡ Oh !
(Mirando hacia la izquierda.)

Ven.
(*Yéndose precipitadamente por la derecha.*)

ANTONIO. Chico... Fernando...
Ah! (*Mirando tambien á la izquierda.*)
Comprendo... Pues le sigo.
(*Dirigiéndose al mismo sitio que Fernando.*)

ESCENA IV.

ANTONIO, LUIS *y* CLARA.

LUIS. Antonio. (*Dentro.*)
ANTONIO. Me vió: ya es tarde. (*Deteniéndose.*)
Oh, Clarita... Dios te guarde.
(*Saludando con fingida cordialidad á Clara y Luis, que salen por la puerta de la izquierda.*)
LUIS. Qué ligero huyó el amigo.
ANTONIO. ¿Huir? No tal. Casualmente...
CLARA. ¿Quién lo contrario imagina? (*Con ironía.*)
LUIS. ¿Y hablábais?...
ANTONIO. De medicina.
CLARA. ¡Qué discreto confidente!
ANTONIO. (¡Oh!)
LUIS. Por más que lo sigile
bien se vé que le habrá dado
para la otra algun recado
ANTONIO. ¿Soy yo algun correvedile?
LUIS. Mientras dure tu porfía
mi suposicion no puedes
condenar.
ANTONIO. ¿Quieren ustedes
saber?...
LUIS. ¿Pues no?
CLARA. ¿Qué decia?
(*Acercándose ámbos á Antonio con vivo interés.*)
ANTONIO. Decia hablando hace poco (*A Clara.*)
de usted con dolor profundo:
no la hay mas bella en el mundo;
peor criada tampoco.
CLARA. Si, bien, pero...
ANTONIO. (Es mucho afan.)
Y de ti...
LUIS. Di sin temor.
ANTONIO. Decia ¿No es un dolor
que para Luis se haga pan?

LUIS. Sí... eso sí... Pero ademas ...
ANTONIO. (Nada; no los escarmiento.)
CLARA. Conque...
ANTONIO. Voy á su aposento
y otra vez diré algo más.
(Con marcada intencion, y váse por la derecha.)

ESCENA VI.

LUIS *y* CLARA.

LUIS. Vano afan.
CLARA. Y ya ¿qué ignoras?
¿Qué nueva duda te asalta?
¿A qué preguntar? ¿Qué falta
que descubrir á estas horas?
LUIS. Aunque lo miro y lo toco,
si hiere el mal de improviso
duda el alma y es preciso
convencerla poco á poco.
Tú no sabes cuál se vé
quien pierde lo que adoró
con toda el alma...
CLARA. ¿Pues no
me dice que no lo sé?
¿Qué otras penas, cuáles otras
como estas que yo ahora paso?
¿Sentís vosotros acaso
como sentimos nosotras?
Y ademas, dí; ¿fuera cuerdo
que tú al perder á esa necia
sintieses pena tan recia
cual yo que á Fernando pierdo?
LUIS. Mira que estás delirando:
ni aun sufro que se le iguale
con María.
CLARA. ¿Pues qué vale
María....
LUIS. Más que Fernando.
CLARA. ¿Tal piensas?
LUIS. Vuelve al infiel.
CLARA. Vuelve tú á la fementida.
LUIS. Pero ella fué seducida.
CLARA. Ella le sedujo á él.
LUIS. Y es lo cierto ¡vive Dios!...

CLARA. Que los dos se entienden ya.
LUIS. Sí, yo no sé cuál será
más infame de los dos.
CLARA. ¿Lo dudas? El.
LUIS. No por cierto;
ella que tiene la audacia,
la impudencia...
CLARA. Sí que es gracia
verle á deshora en el huerto.
LUIS. Ni fue su cita primera
la de anoche.
CLARA. Claro está:
ni la primera, ni la
segunda, ni la tercera...
LUIS. ¡Qué horror! ¡Cuánta ingratitud!
¡Qué ruin conducta! ¡Y pensaba
todo el mundo que pecaba
por exceso de virtud!
Preciso es ya tomar una
resolucion.
CLARA. Sí: discurre:
¿qué haremos?
LUIS. No se me ocurre,
por más que pienso, ninguna.
Solo una manera encuentro
de remediar lo que pasa,
y es pegar fuego á la casa
y que ardamos todos dentro.
CLARA. Sirviérales de irrision
tu enojo: por el contrario,
yo opino que es necesario
ocultar nuestra afliccion.
LUIS. Solo desden insultante
verán en mí; solo el tedio
más profundo.
CLARA. No hay remedio;
yo necesito un amante.
De Antonio nada consigo
por más que hago. En todo el globo
no hay bobo como este bobo;
digno amigo de su amigo.
LUIS. Yo, aunque la ficcion deploro
porque á ella le perjudica,
he de fingir que esa chica
me adora, y que yo la adoro.
CLARA. Cierto que estaré sobre ascuas
y que me ahogará la pena,

mas han de verme serena
y alegre como unas pascuas.

LUIS. Tambien á mí, que no en vano
tu heróico ejemplo...

CLARA. Yo soy
muy valiente. Verás... Voy
á darme una de piano!...

LUIS. Yo de flauta. Conceptúo
que esto ha de hacerlos rabiar.

CLARA. Y tambien pienso cantar.

LUIS. Bien; cantaremos un dúo.
No he de meterme yo fraile
porque esa infiel... Ya no lucho;
vencí.

CLARA. Si me apuras mucho
hasta hemos de armar un baile.

LUIS. Por mí...

CLARA. Los hemos perdido;
á olvidarlos.

LUIS. Así sea.

CLARA. A gozar. Feliz idea.
(*Va corriendo al foro y tira fuertemente del cordon de la campanilla.*)
Voy á estrenar un vestido.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VI.

LUIS *solo.*

Oh, seguiré su consejo:
ya que es práctica constante,
que sirva al alma el semblante
de careta y no de espejo.

ESCENA VII.

LUIS: JUANA.

JUANA. ¡Pues vaya un campanillazo!
Pues no está una sorda.

LUIS. Fué (*Con aspereza.*)
mi hermana. Ven.

JUANA. ¿Para qué? (*Recelosa.*)

LUIS. Para que te dé un abrazo.
JUANA. ¿Quiere usted que armemos gresca
tambien hoy?
LUIS. Cede á mi ruego...
(*Tratando de abrazarla.*)
JUANA. ¡Caramba!
LUIS. Sí siento un fuego
tan grande, tan...
JUANA. Agua fresca.
LUIS. Qué záfia.
JUANA. Y usted qué plomo.
LUIS. Si ha de ser.
JUANA. Si no ha de ser.
LUIS. Debieras agradecer
la molestia que me tomo.
Vamos, que espera mi hermana.
JUANA. Mil gracias por la molestia.
LUIS. Deja que te abrace, bestia.
JUANA. Dale, no me da la gana.
LUIS. Por fuerza.
JUANA. Basta de broma,
ó chillo y la señorita
sabrá que usted...
LUIS. ¿Sí? Pues grita,
mujer. Toma, toma, toma.
(*Abrazándola bruscamente repetidas veces.*)
JUANA. ¿No mas? Si yo no me asusto (*Con gran calma.*)
por tan poco.
LUIS. Y ántes tanto
repulgo... Chilla. (*Con ira.*)
JUANA. ¿A qué santo?
Ya ha cumplido usted su gusto.
LUIS. Como siempre. Esta farota
cuando la quiero abrazar
dice que va á alborotar,
y la abrazo y no alborota. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

JUANA: PEDRO.

PEDRO. Estaba aquí el Señorito.
JUANA. ¿Y qué tenemos con eso?
PEDRO. Tú nada: yo tengo un peso
aquí y aquí. ¡Yo estoy frito.
JUANA. Nene, no me hagas el bú

que me repudres. Si no
quisiera guardarme yo,
¿podrías guardarme tú?

PEDRO. ¡Con lo que he visto...!

JUANA. ¿Qué has visto?

PEDRO. De sobra.

JUANA. Nada, mentira.

PEDRO. Mira que te acecho, mira
que habrá la de Dios es Cristo.

JUANA. ¿Qué harás?

PEDRO. Sacarte el pellejo
á tiras.

JUANA. ¡Si ya me duele!
Cara de gato, pelele.

PEDRO. ¡Oh!

JUANA. Moscon, borracho, viejo.
(*Vase corriendo por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IX.

PEDRO, FERNANDO *y* ANTONIO.

PEDRO. Pues si me quito un zapato...
¡Yo viejo, Dios poderoso!

FERNANDO. ¿Qué tienes? (*Acercándose á él.*)

PEDRO. Que estoy celoso.

FERNANDO. ¿Celoso? Corre ó te mato.

PEDRO. Pero señor...

FERNANDO. No me hables;
vete.

PEDRO. Me voy. (*Vase por el foro.*)

ESCENA X.

FERNANDO *y* ANTONIO.

ANTONIO. Ya son tres
los enfermos. Esto es
un hospital de incurables.
Vamos, vamos; no consiento
que pases el dia aquí.

FERNANDO. Antes quisiera...

ANTONIO. ¿Qué, dí?

FERNANDO. Ver á María un momento.
Con lo ocurrido imagina
cómo la pobre estará.

ANTONIO. Chico, chico; ya me da
tanto interés mala espina.

FERNANDO. ¡Cómo! ¿Piensas...?

ANTONIO. Vaya un gesto.

FERNANDO. Al ver tu desconfianza
¿no he de alarmarme?

ANTONIO. Fué chanza.

FERNANDO. ¿Chanza ha sido?

ANTONIO. Por supuesto.

FERNANDO. Pues ve y habla en cualquier cosa,
mientras yo veo á María,
con Clara ó Luis...

ANTONIO. Con tu tia
que al ménos no está celosa.
(*Vase por la puerta de primer término de la izquierda.*)

ESCENA XI.

FERNANDO: MARIA.

FERNANDO. María.
(*Se dirige á la puerta de segundo término de la izquierda, y al llegar á ella se detiene.*)

MARIA. ¡Fernando aquí! (*Retrocediendo con susto.*)

FERNANDO. ¿Se va usted?

MARIA. Temo que vengan
y nos hallen juntos.

FERNANDO. Ya
¿qué importa? Nada.

MARIA. ¡Funesta
casualidad la de anoche,
Fernando!

FERNANDO. Y cuál me atormenta
el ver que por culpa mia
usted padece sin tregua.

MARIA. Diré yo entonces que tengo
la culpa de que usted sea
desgraciado.

FERNANDO. Pero en mí
hay sobrada resistencia

para soportar los males:
los de usted hacen más negra,
más terrible su orfandad.

MARIA. Por eso es mayor mi pena.
La que se queda sin padres,
ay, Dios, qué sola se queda!

(*Déjase caer en la butaca y enjúgase las lágrimas con un pañuelo que luego deja allí olvidado.*)

FERNANDO. Aún tiene usted quien la estime,
quien la ampare y la defienda:
aún tiene usted un amigo,
un hermano.

MARIA. ¿Pues qué fuera
de mí sin usted? ¿Quién hace
que en algo aquí se me atienda
todavía? ¿Quién con noble
generosidad me presta
favor contra todos? ¿Quién
me infunde valor y seca
mis lágrimas? Nunca, nunca
olvida tales finezas
una mujer. En mi pecho
será inextinguible, eterna
la gratitud.

FERNANDO. ¿Qué hice yo
sino cumplir lo que ordena
santa ley que al hombre impuso
la misma naturaleza?
Mérito el de usted que, siendo
débil, al fuerte consuela.
En fin, ya tengo pensado
lo que he de hacer: la prudencia
pide que deje á Granada
por algun tiempo.

MARIA. Esa idea
no ha de realizarse.

FERNANDO. En breve,
lo he resuelto: con mi ausencia
usted recobra el sosiego;
Luis verá que sus sospechas
son injustas, y casada
con él...

MARIA. Nunca. Dios no quiera
que sea yo guardadora
del honor de quien... (me cuesta
rubor decirlo) de quien

duda del mio.

FERNANDO. ¡Vileza
sin igual!

MARIA. Yo soy, Fernando,
quien salir de aquí debiera.

FERNANDO. ¿Usted? ¡Qué locura!

MARIA. A todos
enoja ya mi presencia
en esta casa; el favor
que me hicieron ya les pesa.
¿Debo seguir admitiendo
limosna que me avergüenza?
Para vivir en honrosa
medianía con mis rentas
me basta; para guardar
mi virtud con mi conciencia.

FERNANDO. María, es usted un ángel.

MARIA. Solo una mujer que espera
en Dios. Usted ama á Clara;
sea usted feliz con ella.

FERNANDO. Fuera en mí grave delito
arrostrar las consecuencias
de tal enlace.

MARIA. Es forzoso;
cásese usted; se lo ruega
su hermana.

FERNANDO. Viéndolo estoy,
y puedo creerlo apénas.
¿Usted por ella intercede?
¡Alma generosa y tierna!

MARIA. Fernando.

FERNANDO. Y Luis desconoce
tal tesoro de pureza,
de incomparables virtudes...

MARIA. Oh, calle usted: si le oyeran...

FERNANDO. Óiganme en buen hora. Dicen
que la quiero á usted; se empeñan
en que por fuerza he de amarla...
María, ¡ojalá pudiera!

MARIA. Cálmese usted: quizá hallemos
un medio que los convenza.

FERNANDO. Ya ni lo deseo.

CLARA. Mira:
juntitos.
(*Apareciendo muy ataviada con su hermano en la puerta del foro.*)

FERNANDO. Sufran la pena

que han merecido por necios;
no ha sido la culpa nuestra.

MARIA. No es fácil amar á quien
nos humilla y desespera.

ESCENA XII.

FERNANDO, MARIA, CLARA *y* LUIS.

CLARA. ¿Conque por nuestra idiotez
vuestro amor hemos perdido?

LUIS. ¿Conque nos habeis querido
vosotros alguna vez?

CLARA. Yo confieso, y es notorio,
que con razon me ha olvidado:
el pobre pasó á mi lado
las penas del purgatorio.

LUIS. Quien por culpa mia llora,
dicha y libertad recobre:
ya hizo bastante la pobre
en aguantarme hasta ahora.
Mas antes con el perdon
sosegad nuestra conciencia.

CLARA. Prévia alguna penitencia
echadnos la absolucion.

FERNANDO. ¿Ve usted esto?

LUIS. Vamos; sé
clemente.

CLARA. ¡Piedad!
(*En tono de súplica á Fernando.*)

FERNANDO. Eh, quita.

LUIS. Perdon, perdon, Mariquita.

CLARA. Pequé, Fernando, pequé.
(*Dándose golpes de pecho.*)

MARIA. Déjame. (*Siéntase en el sofá.*)

FERNANDO. Si más te escucho...
(*Siéntase en la butaca.*)

CLARA. ¡Ay Luis, nuestro ruego es vano!

LUIS. Qué diablos: ahí va mi mano.
(*Sentándose al lado de Fernando y asiéndole una mano.*)

CLARA. Pues si yo te quiero mucho.
(*Sentándose al lado de María y besándola en la cara.*)

LUIS. ¡Qué tal la niña?

CLARA. ¿Qué tal el novio?

LUIS. ¿Con que dió al traste con tu juicio? Y qué, ¿soltaste promesa alguna formal?

(Fernando dará señales de impaciencia y reprimido enojo. María de vivísimo dolor.)

CLARA. Te habrá jurado...

LUIS. Es muy bella...

CLARA. Que aspira á ser tu marido.

LUIS. Y pues la has comprometido, debes casarte con ella.

CLARA. Este es, sin duda, su fin.

LUIS. Otras más pobres se casan.

CLARA. Te envidio.

LUIS. ¿Y cómo se pasan las noches en el jardin?

MARIA. Oh: por Dios.

(Llorando y enjugándose las lágrimas con el pañuelo que halla en el sofá.)

FERNANDO. Yo sudo.

(Limpiándose el sudor con el pañuelo que encuentra en la butaca.

CLARA. A ver.

(Observando el pañuelo que tiene María.)

FERNANDO. Basta, basta ó por mi nombre...

CLARA. Este pañuelo es de hombre.

MARIA. ¿Cómo?

LUIS. Y este es de mujer.

(Asiendo por una punta el que Fernando tiene en la mano.)

FERNANDO. ¿Qué? *(Levántanse los cuatro.)*

CLARA. La cifra de Fernando.

LUIS. Y aquí... pues; la de María

CLARA. ¡Qué distraccion, hija mia!

LUIS. ¿Pero en qué estabas pensando?

FERNANDO. Yo no entiendo....

MARIA. Aquí lo ví y al pronto me pareció...

FERNANDO. Ahí sentado estuve yo...

(Indicando el sitio que ocupaba María.)

MARIA. Yo estuve sentada allí.

(Señalando la butaca.)

FERNANDO. ¡Si es fatalidad!

CLARA. Muy bien.

LUIS. Y aún engañarnos pretende.

CLARA. Esto es lo que á mí me enciende
la sangre. (*Sin poder ya contenerse.*)
LUIS. Y á mí tambien.
FERNANDO. Yo la tengo achicharrada,
cual plomo hirviendo; y á fé
que si pierdo el tino, haré
una que sea sonada.
LUIS. No quisiera aguar la fiesta,
pero si en cólera monto...
FERNANDO. Oh; la cólera de un tonto
sin duda es cosa funesta.
LUIS. Pues bien... (*Provocativo.*)
FERNANDO. Modera tu saña;
veo que estoy en peligro
de contagiarme, y emigro
con toda urgencia de España.
LUIS. ¿Te vas?
FERNANDO. ¿No lo oyes?
CLARA. ¿Te vas?
FERNANDO. Mañana; resuelto estoy.
CLARA. ¿Que te vas?
FERNANDO. Sí, que me voy
para no volver jamás.
CLARA. ¡Pobre de tí! Las ausencias
cuando mucho se dilatan... (*A María.*)
LUIS. Valor entendido: tratan
de cubrir las apariencias.
MARIA. Sois implacables: el cielo
benigno me amparará.
FERNANDO. Cálmese usted.
LUIS. Por acá
aún hay quien te dé consuelo.
FERNANDO. Contra su fatal destino
yo á ampararla me consagro;
bien dices.
CLARA. (Será milagro
que no haga yo un desatino.)
Vente. (*A su hermano.*)
LUIS. (Sí, que mi coraje
en vano aplacar deseo.)
(*Llegan ámbos á la puerta del foro y allí se detienen.*)
CLARA. ¡Ah!.. Por si ya no te veo,
(*Volviendo al lado de Fernando.*)
que lleves feliz viaje.
(*Aléjase de nuevo y otra vez se detiene.*)
LUIS. (Ni aun vuelve el rostro ¡oh furor!) (*Por María.*)

CLARA. (¡Ni aun detenerme procura!) (*Por Fernando.*)
LUIS. Aleve, falsa, perjura.
(*Volviendo al lado de María precipitadamente.*)
CLARA. Infame, inícuo, traidor.
(*Corriendo hácia Fernando.*)
Bien me has hecho padecer.
LUIS. Bien me has burlado á fé mia.
CLARA. Ay de la que en hombres fia.
LUIS. Ay del que fia en mujer.
CLARA. Vana ficcion fué tu halago,
tus juramentos blasfemias.
LUIS. ¿Así mi ternura premias?
CLARA. ¿Mereció mi amor tal pago?
LUIS. Y en vano quiero evitar
que mi pena al rostro salga!
CLARA. Bueno fuera, Dios me valga,
que ahora me echase á llorar!
LUIS. Indigna, torpe flaqueza
que aun hace mayor mi enojo
mi despecho. ¿A que me arrojo
por un balcon de cabeza?
Oh inícua, segun costumbre,
gozas al ver mi tormento:
pues te engañas: ya no siento
ni la menor pesadumbre.
¿Que has desdeñado mi amor?
Mejor. ¿Que Fernando te ama?
Mejor. ¿Qué arriesgas tu fama
por él? Mejor que mejor.
¡Por él!.. ¿Y qué?... Cuando digo
que me alegro... ¡Quién pensara,
quién!.. A ver; vuelve esa cara
que estoy yo hablando contigo.
CLARA. Hoy que llegué á conocerte,
hoy que el juicio he recobrado,
no se me oculta, malvado,
cuánto gano con perderte.
Y al verme libre de un mal
que ilusa yo apetecia,
ofrezco al santo del dia
devocion muy especial.
Tú, hijita, aunque mucho vales
(*Acercándose á María.*)
y aunque mucho le recluyas,
teme que haga de las suyas
y á las dos nos deje iguales.
Y si al fin á tí te agravia,

cual á mí me agravia ahora...
suspira, quéjate, llora,
sufre, entonces, sufre y rabia.

FERNANDO. Yo estallo. Ven acá, Luis;
ven tú, Clara; ven acá.
(Asiendo á cada cual de un brazo y trayéndolos á sí.)
¿Odio os inspiramos ya?
¿Esto habeis dicho? ¿Decís
que hoy se rompe la ominosa
cadena que nos unia?
Pues eso quiere María;
pues no quiero yo otra cosa:
que nos odieis: por favor
os lo debemos pedir.
¿Qué odio puede hacer sufrir
tanto como vuestro amor?
Decidme otra vez, jurad
que solo por ella existo:
decídmelo. ¡Vive Cristo
que ya me suena á verdad!

CLARA. ¿Pues no?

FERNANDO. Jurad que por mí
ella en cambio pierde el seso.
Me adora, sí; lo confieso.
Dígales usted que sí. *(A María.)*

LUIS. Y aunque lo niegue...

FERNANDO. Jamás *(Rechazándolos.)*
espereis volverme á ver.
¡Oh, qué feliz voy á ser
con no veros nunca más!
(Pónese el sombrero y dirígese al foro.)

MARIA. Fernando. *(Corriendo á detenerle.)*

CLARA. Pues; le detiene.

MARIA. Si usted me niega su amparo...

LUIS. ¡No cabe mayor descaro!

FERNANDO. Haré lo que usted me ordene.
(Quitándose el sombrero.)

CLARA. Qué pronto me he de vengar.
No pienses... Hay quien me quiera.

LUIS. En cuanto Pedro se muera
con Juana me he de casar.
Me caso con Juana, sí;
con Juana.

ESCENA XIII.

DICHOS: PEDRO, ANTONIO, *y la* MARQUESA.

PEDRO. ¡Con mi mujer!
(Apareciendo en el foro con un papel en la mano.)
CLARA. Loquita á mí me has de ver
por Antonio.
ANTONIO. Pues; por mí.
(Saliendo con la Marquesa por la izquierda.)
CLARA. ¡Oh! *(Viendo á Antonio.)*
LUIS. ¿Qué hay? *(A Pedro.)*
PEDRO. Busco á la Señora.
MARQUESA. ¿Qué dices de Antonio?
PEDRO. (¡Infame!)
CLARA. Yo... nada.
PEDRO. Esta carta.
(Acercándose á la Marquesa y mostrándole un papel.)
MARQUESA. Dame. *(Tomándolo.)*
PEDRO. (¡Ah perra, sonó tu hora!)
(Vase por el foro.)

ESCENA XIV.

DICHOS, *menos* PEDRO.

MARQUESA. Con permiso.
(A Antonio, y pónese á leer la carta.)
ANTONIO. ¿No te dije?
(Bajo á Fernando.)
Quiere hacerme su galan
para darte celos. ¿Yo
amante provisional?
MARQUESA. Hijos, ¡qué gozo, qué dicha...!
¿No sabeis?
LUIS. ¿Qué?
MARQUESA. Que ya estan
aquí las dispensas.
LUIS. ¡Cómo...!

MARIA. (¡Cielos!)
CLARA. ¿Qué dispensas?
MARQUESA. Ba;
las del Papa.
CLARA. ¿Y qué?
MARQUESA. ¡Me gusta!
Que ya te puedes casar
con tu primo.
CLARA. Sí; á buen tiempo
se acuerda Su Santidad...
MARQUESA. Dentro de muy pocos dias
aquí se celebrarán
las dos bodas.
LUIS. ¿Qué dos bodas?
MARQUESA. Toma: las vuestras.
LUIS y CLARA. Jamás.
MARQUESA. Válganme todos los santos
de la corte celestial.
¡Siempre lo mismo!
FERNANDO. Mi boda (*Acercándose*)
con Clara imposible es ya.
MARQUESA. ¡Fernando!
CLARA. Mañana sale
de Granada.
MARQUESA. ¿Os chanceais?
FERNANDO. No: me ausento.
MARQUESA. ¿Y qué motivo?
MARIA. ¡Por Dios...! (*Bajo á Fernando.*)
FERNANDO. (No hay remedio.) (*Bajo á María.*)
LUIS. Hablad
alto: que se oiga.
MARQUESA. ¿Qué tienes
Luis? ¿Qué te ha dado?
CLARA. ¡Ay mamá!
(*Llorando á lágrima viva y abrazando á su madre.*)
MARQUESA. Clarita... ¿Qué les habeis (*A Fernando y María.*)
hecho? Pronto; contestad,
picaronazos. ¡Ay hijos
del alma!
CLARA. ¿Si creerán
que esto ha de quedar así?
Vaya, justito, cabal.
Harto he callado; ya no
callo; quiero, quiero hablar,
quiero decirlo.
LUIS. Ya es hora,

ya el silencio está demás.

CLARA. Fernando me engaña.

LUIS. A mí me engaña María.

MARQUESA. ¡ Hay tal!
¡Qué rayo de luz! ¿Acaso
Antoñito...?

ANTONIO. ¡ Voto á san...!
¿ Yo?

MARQUESA. ¿No es él? (*A Luis.*)

LUIS. No. Quien la quiere...

CLARA. A quien ella ama....

MARQUESA. Acabad.

CLARA. Es Fernando.

MARQUESA. ¡ Jesucristo!

LUIS. Sí; Fernando es mi rival.

ANTONIO. (Se están luciendo.)

MARIA. Imposible
que usted me crea capaz...
(*Acercándose á la Marquesa.*)

LUIS. ¿Ves qué insolencia? (*A su hermana.*)

FERNANDO. Son locos,
señora, locos de atar.

CLARA. ¿ Locos? ¿Y te atreves...? Mira
(*A su hermano.*)
que es mucho... Si miente más
que habla... y así, con ese
aire de formalidad...
Falso, hipócrita...
(*Yendo hácia Fernando.*)

ANTONIO. Clarita...
(*Interponiéndose entre ambos.*)

CLARA. Que me deje usted en paz.

ANTONIO. ¡Oh! (¡ Qué víbora!)

LUIS. Este anda,
(*A su madre.*)
á fuer de amigo leal,
en esos teje-manejes.

ANTONIO. ¡ Luis! (Paciencia y barajar.) (*Conteniéndose*)

MARQUESA. ¿ Pero estais seguros?

CLARA. Como
de que esa es luz.

MARIA. Por piedad.

MARQUESA. ¡Qué picardía!

FERNANDO. Señora...

ANTONIO. Eh, calla. (*Sujetándole.*)

LUIS. Otro en mi lugar

nunca pensara en casarse
con quien no fuera su igual.
Yo á esa pérfida mi nombre,
mis bienes quería dar.
Lo que me sucede es justo
castigo á mi necedad.

MARIA. ¡Oh!

FERNANDO. ¿Qué has dicho?

MARIA. ¿A una mujer
tal injuria? Hace usted mal.

FERNANDO. ¿Y te llamas noble? Necio,
¿valen más que su beldad
tus riquezas? ¿Más tu nombre
que su virtud? ¿Lo que dá
mérito y fama tan solo
en esta vida fugaz,
que lo que Dios en el cielo
premia con lauro inmortal?
Bien dices; razon te sobra;
la union era desigual.
No mereces tú una dicha
que ni aun sabes apreciar.

CLARA. ¿Lo estás viendo?
(*A su madre.*)

MARQUESA. ¡Qué insolencia!
¡qué...!

CLARA. Y anoche... no hubo tal
ladron...

MARQUESA. ¿Pues qué hubo...?

LUIS. Una infamia.

FERNANDO. La vuestra.

CLARA. Una iniquidad.

MARQUESA. Di.

FERNANDO. Mi encuentro con María
en el huerto fué casual.

MARQUESA. ¿Con que en el huerto?

CLARA. A las dos
de la madrugada allá
los encontré yo solitos.

LUIS. Tambien yo.

MARQUESA. ¿Será verdad?
¡Tal escándalo en mi casa!

MARIA. Me está clavando un puñal.

FERNANDO. Por favor.

MARQUESA. Aparta. Así
paga la hospitalidad
que le hemos dado. ¡Qué ejemplo

para mi hija!

MARIA. ¡Esto más!

ANTONIO. (¡Por vida...!)

FERNANDO. Mayor cordura (*A la Marquesa.*)
piden en usted su edad,
sus deberes...

LUIS. ¿A mi madre
osas por ella insultar?
¡Fernando!

FERNANDO. ¡Luis!

MARQUESA. ¡Ay! ¿Qué intentan?

ANTONIO. (¡La bola de nieve!)

MARQUESA. Sal,
sal de aquí. (*A Fernando.*)
Tú... (*A María.*)

MARIA. Quien á Clara
tan malos ejemplos dá
debe marcharse tambien.

MARQUESA. ¿Conque te quieres marchar?

CLARA. Pues; para amar á Fernando
con entera libertad.

MARIA. Me voy porque aquí padece
mi decoro.

MARQUESA. Entonces haz
lo que gustes, hija; dueño
eres de tu voluntad.

MARIA. Falso es lo que hoy se me imputa;
pero otros yerros quizá
cometí. Perdon: lo imploro
(*Arrodillándose á los piés de la Marquesa.*)
de rodillas; y en señal
de respeto y de cariño,
permítame usted regar
con lágrimas esta mano
amparo de mi orfandad.
(*Besándole una mano.*)

MARQUESA. ¿Mas... qué... de veras? (*Enternecida.*)

MARIA. ¡Dios mio!
¿Usted llora? (*Levantándose.*)

MARQUESA. Es natural
que una... porque al fin...

MARIA. Oh, gracias;
gracias. ¡Qué felicidad!
(*Besándole de nuevo las manos.*)

CLARA. No sabe la niña. Con (*Con despecho.*)
cuatro mimos...

MARQUESA. ¿Callarás? (*Enojada.*)

CLARA. Pero...
MARQUESA. Que calles.
CLARA. Sí; bueno
pégala conmigo... ¡Ay!... ¡Ay
(*Sollozando amargamente.*)
de mí! Ya nadie me quiere:
ni mi madre...
MARQUESA. Oh, Ven acá,
(*Va hacia ella como para consolarla.*)
tontuela.
FERNANDO. ¿Ves qué mujer? (*A Antonio.*)
Si la inspira Satanás.
LUIS. No hables así de mi hermana.
¡Mira que!..
ANTONIO. ¡Por San Froilan
bendito!
MARQUESA. Luis. ¡Otra vez!..
Mal hijo. A matarme vais
entre todos.
CLARA. Eso; riñe,
riñe á mi hermano, que es gran
delito ampararme. Sigue
tú, Fernando, que á mamá
le agrada oirte. Coloca
á María en un altar,
como es justo; y para mí
despues no haya caridad.
¡Me muero, me muero!..
MARQUESA. ¡Ay Dios!
Clarita... ¡Algo le vá á dar!...
Vea usted... (*A Antonio con gran ansiedad.*)
ANTONIO. No; yo no puedo
curar esa enfermedad. (*Retrocediendo.*)
LUIS. ¡Ojalá que se muriese:
más le valdría! ¡Ojalá
que yo me cayese aquí
redondo!
MARQUESA. ¡Qué atrocidad!
¡Ay Vírgen de las Angustias!
JUANA. Tunante. (*Dentro.*)
PEDRO. Aguarda. (*Dentro.*)
JUANA. Animal,
borracho.
MARQUESA. ¿No ois?
JUANA. Señora,
Señora. (*Sale corriendo por el foro.*)
PEDRO. Te he de matar. (*Persiguiéndola.*)

ESCENA XV.

DICHOS: JUANA *y* PEDRO.

MARQUESA. No hay más; todos están locos.
(*María váse por la izquierda, y vuelve á poco con mantilla.*)
todos. ¿Por qué así venis?
¿Qué hay?

JUANA. Que el señorito Luis
me anda haciendo zorroclocos.

MARQUESA. ¿Qué... qué dice?...

JUANA. Aunque yo oculto
lo tuve... pues; mi marido,
que es muy galgo, se lo ha olido
y quiere zurrarme el bulto.

MARQUESA. Pero ¿es cierto?...

PEDRO. He de acabar
con ella. Y usted... (*Encarándose con Luis.*)

MARQUESA. ¡Qué horror!

LUIS. Dí.

PEDRO. Usted es un seductor.

MARQUESA. Jesus.

LUIS. Te voy á estrellar. (*Yendo á él.*)

PEDRO. Socorro. (*Corriendo.*)

LUIS. Aguarda, maldito.
Pues en mejor ocasion...

PEDRO. ¡Señora, por compasion!
(*Poniéndose detrás de la Marquesa.*)

JUANA. Mátele usted, señorito.

MARQUESA. Vamos, dí; ¿qué es esto? (*A Luis, deteniéndole.*)

LUIS. Celos
quise dar á esa traidora,
á esa inicua.
(*Viendo salir á María.*

MARIA. Adios, señora.

MARQUESA. Sí; vete. (*Con aspereza.*)

MARIA. Saben los cielos...

MARQUESA. Nada me digas.

MARIA. ¡Qué horrible
situacion! (*Sin decidirse á marcharse.*)

LUIS. Cuánta doblez,
digo yo.

CLARA. Se irá otra vez;

lo que es hoy...
MARIA. Basta.
(*Alejándose: Fernando la detiene.*)
FERNANDO. ¿Es posible
que el corazon no os taladre
mirarla en trance tan duro?
Es inocente: lo juro
por la gloria de mi padre.
Vuelva usted á la razon,
señora. Tú, Luis, repara
lo que vas á hacer. Tú, Clara,
no tienes mal corazon.
LUIS. Cómo en el dolor se abisma;
cómo por ella desmaya
su altivez.
CLARA. Oh; que se vaya,
ó he de arrojarla yo misma.
(*Fernando da un grito de indignacion. Antonio expresa con sus ademanes el horror que le causa la conducta de Clara. La Marquesa trata de apaciguarla.*)
MARIA. ¡Gran Dios!
JUANA. Vámonos de aquí,
señorita. (*Llorando.*)
MARIA. Ven conmigo,
sí. (*Apoyándose en ella.*)
LUIS. La execro.
CLARA. La maldigo.
FERNANDO. Apóyese usted en mí. (*Asiendo un brazo á María y haciéndola que lo apoye en el suyo.*)
MARIA. ¡Oh!
CLARA. ¡Cómo!
FERNANDO. Firme sosten (*A todos.*)
prestarla tranquilo puedo.
Apóyese usted sin miedo: (*A María.*)
la ampara un hombre de bien.
MARQUESA. Salid, pues.
CLARA. ¿Juntos los dos?
LUIS. Salid.
FERNANDO. Estéril encono.
MARIA. Te desprecio. (*A Luis.*)
Te perdono. (*A Clara.*)
ANTONIO. Bien, Fernando.
MARIA. Adios.
FERNANDO. ¡Adios!
(*Vanse María, Fernando, Antonio, Juana y Pedro por la puerta del foro.*)

ESCENA XVI.

CLARA, LUIS, *la* MARQUESA, *y despues* PEDRO.

CLARA. (Juntos.)
MARQUESA. ¡Qué dia!
CLARA. ¡Y se irán!
LUIS. Sin duda. (*Aparentando tranquilidad.*)
(¿Y yo me contengo?)
CLARA. Se van.
LUIS. Valor.
CLARA. Sí lo tengo;
pero ¿no ves que se van?
LUIS. Pues ríete... como yo... (*Riéndose.*)
CLARA. Sí... ya me rio... me rio...
(*Riendo con expresion angustiosa.*)
Míralo...
LUIS. ¡Clara!
MARQUESA. ¡Dios mio!
CLARA. No se irán: mil veces no.
(*Corriendo hacia el foro: Luis y la Marquesa la detienen.*)
LUIS, MARQ. ¡Oh!
CLARA. Soltad. ¡Aleve, ingrato!
(*Luchando por desprenderse de los brazos de su hermano y su madre.*)
Soltad. Fernando, María...
(*Corriendo otra vez hacia el foro y llamándolos á gritos.*)
PEDRO. ¡Se fueron!
(*Presentándose en la puerta del foro cuando Clara va á salir por ella.*)
CLARA. ¡Madre!
(*Arrojándose en sus brazos.*)
MARQUESA. ¡Hija mia!
(*Estrechándola contra su seno.*)
LUIS. O él me mata, ó yo le mato.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion humilde en una casa de campo. Puerta al foro: otras á la izquierda en primero y segundo término.

ESCENA I.

PEDRO *y* JUANA.

PEDRO. Juana, Juanilla, ¿será
verdad que al fin te recobro?
JUANA. Verdad es: ¿qué ha de hacer una?
Tengo yo un alma....
PEDRO. De corcho.
No me hicieras penar tantos
dias á no ser un mónstruo,
que ya de angustia y coraje
bramaba yo como un toro.
Y mira, Juana; por estas;
(Juntando las manos en cruz y besándolas.)
si hoy no te ablandas me ahorco.
JUANA. Pues lo pasado pasado
y vida nueva, pimpollo.
PEDRO. Jesucristo; no me digas
requiebros, que me acongojo.
Niña mía, resalada,
cara de cielo, tesoro
de mi corazon.
JUANA. Pero, oye;
se acabó el estar celoso.
Que no has de alzarme la mano.
Que no has de armar alboroto
porque me miren.
PEDRO. Corriente.

JUANA. Ni porque me echen piropos.
PEDRO. Bueno.
JUANA. Ni por que me abracen.
PEDRO. Mujer.
JUANA. Ni por que....
PEDRO. Un demonio.
JUANA. Lo dicho, dicho: sinó
lárgate, y punto redondo.
PEDRO. Callaré aunque vea...
JUANA. ¿Qué
podrás ver que sea impropio
de una mujer tan honrada
como yo? No hagas el tonto,
y habrá paz.
PEDRO. Bueno: descuida;
ya verás cómo me porto.
Ahora es preciso que juntos
busquemos un acomodo.
JUANA. Ya sé que tambien te fuiste
de allá.
PEDRO. Estaba tan furioso
que al instante hice mi hatillo
y me planté en el arroyo.
JUANA. Lo que es yo me quedo aquí:
marido, yo no abandono
á mi señorita; y eso
que estoy... caramba, hasta el moño,
de vivir en campo raso:
para ocultar su bochorno
y su pena, á esta casita
que le buscó don Antonio
se vino la pobre, y sola
con ella, sin mas holgorio
que verla llorar, me aburro
de veras: cierto es que como
y apenas trabajo; pero
yo perdonaría el bollo
por el coscorron.
PEDRO. Pues deja
que allá se las hayan solos;
que la consuele el querido.
JUANA. ¿Qué querido?
PEDRO. Bah, no ignoro
lo que pasa. Ya lo cuentan
en Granada hasta los loros
¡Qué alhaja salió la niña!
¿Quién lo pensara de un mozo

como don Fernando, siempre
al parecer tan juicioso?

JUANA. *Más daña una mala lengua*
que la mano del verdugo,
que el verdugo mata á un hombre
y ella hiere á todo el mundo.
Bien dice la copla. ¿Cuándo
se venderán en manojos
las malas lenguas? ¡Qué pisto
haría yo tan sabroso
con ellas! Pues me ha gustado
que creas tales embrollos
tambien tú.

PEDRO. Yo digo...

JUANA. Calla.

PEDRO. Mujer...

JUANA. Calla, ó te acogoto. (*Amenazándole.*)

ESCENA II.

DICHOS *y* MARIA.

(*Sale por la puerta de la izquierda de segundo término.*)

MARIA. ¿Qué es eso?

PEDRO. Nada.... Que estamos
haciendo las paces...

JUANA. Poco
durarán. Ay, señorita,
sepa usted que este galopo
es tambien de los que creen
que usted....

PEDRO. Por San Pedro Apóstol.
(*Bajo á Juana.*)

JUANA. Y el señorito Fernando...

PEDRO. (Se empeñó.)

JUANA. Pues...

MARIA. (¡Qué sonrojo,
qué humillacion!)

JUANA. Dios me libre
de un hombre tan malicioso....

PEDRO. Como uno dice lo que oye
decir... Pero no es lo propio
decir que creer las cosas;
y á mí me sobra meollo

para conocer que usted
no es capaz.... Y que un antojo
cualquiera lo tiene: el diablo
nos tienta... y el...

JUANA. ¡Me sofoco!

MARIA. Dejadme.

JUANA. Vente.

PEDRO. ¿Qué dije
de malo?

JUANA. Si ya estás chocho.
Alguien sube la escalera.

MARIA. Mira quién es. (*Con anhelo.*)

JUANA. Lo supongo,

PEDRO. (Pues, el otro.)
(*Vanse por el foro Pedro y Juana.*)

ESCENA III.

MARIA *sola: en seguida* ANTONIO.

MARIA. Ya era tiempo.
No habrá para mí reposo
hasta haberle dicho... Mal
tan crudas penas soporto.

ANTONIO. A los piés de usted.

MARIA. ¿No viene
Fernando?

ANTONIO. Rato muy corto
debe tardar.

MARIA. Ya hace dias
que no le veo.

ANTONIO. Exigiólo
usted misma, ¿y le sorprende
que no venga?

MARIA. Ya es forzoso
que nos veamos.

ANTONIO. (Y aún juran
que... ¿Si me tendrán por bobo?)

MARIA. ¿Vendrá hoy?

ANTONIO. Por fuerza. Usted
aquí y en Granada el novio,
mal pudiera celebrarse
la boda.

MARIA. ¡Cómo! ¡Tan pronto!
¿Será posible...?

ANTONIO. Ay, señora,

¿ sabe usted lo que nosotros
hemos corrido estos dias?
Hoy por fin no queda estorbo
que allanar : todo se ha hecho
á escape y con el más hondo
sigilo. Quizá Fernando
me siga ya presuroso,
y en breve llegará el cura
que en término perentorio
ha de enlazarlos á ustedes
per secula seculorum.

MARIA. ¿ Pero esa urgencia...?

ANTONIO. Fernando
tiene pendiente un negocio
para despues.

MARIA. Corra usted
en su busca.

ANTONIO. ¿Ahora?

MARIA. Que todo
se suspenda ; que al momento
venga á verme.

ANTONIO. Estoy absorto.

MARIA. Tal enlace no es posible.

ANTONIO. ¿ Pues usted al fin...?

MARIA. Deploro
haber cedido á sus ruegos.

ANTONIO. ¿No es digna acaso de encomio
su intencion?

MARIA. ¡ Ay, Dios! No cabe
proceder más generoso.

ANTONIO. ¿ Por qué quiere usted entonces
evitar...? No hay otro modo
de salvarla á usted. Así
no más se pondría coto
á viles murmuraciones.

MARIA. ¡Oh! Que arrastren por el lodo
mi fama; nada me importa.
Corra usted.

ANTONIO. Si ya es ocioso...
ya nada puede tardar....

MARIA. Corra usted, por Dios.

ANTONIO. Bien, corro,
(*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

MARIA, *sola.*

¿Cómo á sus instancias pude
ceder al fin? ¿Qué trastorno
padeció mi mente cuando
estimé tal matrimonio
posible? ¿Fué todo en mí
ansia de evitar mi oprobio,
de vengarme al mismo tiempo
de Luis, y hallar el apoyo
que he menester en Fernando,
ó además tuvo algun otro
móvil mi condescendencia?
No: sin duda me equivoco.
Gratitud es lo que siento
por él; gratitud tan solo.

ESCENA V.

MARIA *y* CLARA.

(Clara entra por el foro cubierto el rostro con el velo ó mantilla que traiga. Deténese á alguna distancia de María y descúbrese.)

MARIA. ¿Quién es? ¿Qué veo? ¿Tú aquí?
CLARA. Yo, María, yo que pongo
mi necio orgullo en olvido,
yo que tu favor imploro.
MARIA. ¿Mas qué significa...?
CLARA. Sola,
exponiéndome al enojo
de Luis, causando á mi madre
nuevo dolor, abandono
mi casa y vengo á la tuya.
¿Por qué? Contempla mi rostro;
mira cuánto he padecido,
y si tu perdon no logro...

MARIA. Me pasma oirte.
CLARA. He cambiado
mucho.
MARIA. ¿ Sí ?
CLARA. No me conozco
yo á mí misma. Fué culpable
mi proceder, fue alevoso,
amases ó no á Fernando.
MARIA. Luego ¿ lo dudas ?
CLARA. Tu asombro
es natural. Hoy lo dudo,
y ántes... Pero hoy reflexiono
con más calma. Bien pudimos
engañarnos, que no somos
infalibles. A eso vengo
tambien : habla sin rebozo,
dime la verdad.
MARIA. ¿ Y acaso
me darás crédito?
CLARA. ¿ Cómo
no ? Se acabaron mis celos:
de veras.
MARIA. Pues te respondo
de que él no me quiso nunca,
ni yo le quise tampoco.
CLARA. ¿No me engañas ?
MARIA. No.
CLARA. ¡ Qué dicha
tan grande! ¡ Cuánto le adoro!
¡ Fernando mío! Sin él
me muriera.
MARIA. (¡Dios piadoso,
qué iba yo á hacer!)
CLARA. Quiero hablarle,
pedirle perdon.
MARIA. Muy pronto
le verás.
CLARA. ¿ Dónde ?
MARIA. Aquí mismo.
CLARA. ¿ Vendrá ?
MARIA. De fijo.
CLARA. ¿ Incomodo
tal vez ?
MARIA. ¡ Clara! Y me decías...
CLARA. Afirmas con tanto aplomo
que vendrá de fijo.
MARIA. ¿ Y qué?

CLARA. Mi necedad reconozco:
se acabó.
MARIA. Sabe ademas
que pretende ser mi esposo.
CLARA. ¿Qué escucho? ¿Y pude creerte?
MARIA. ¿Otra vez?
CLARA. Leo en el fondo
de tu corazon: comprendo
que os amais. Sacia tu encono,
tu rencor: véngate ahora
burlándote de mi lloro,
de mi congoja. Casáos.
MARIA. No, Clara. *(Dirigiéndose al foro.)*
CLARA. ¿No? *(Volviendo al lado de María)*
MARIA. Yo me opongo...
CLARA. ¿Mas Fernando...?
MARIA. Caballero,
honrado y pundonoroso,
á costa de un sacrificio
quiere evitar mi desdoro,
salvar mi fama, que habeis
comprometido vosotros.
Pero te ama. Quedo yo
sin honra. Sea él dichoso
y tú con él.
CLARA. Ni siquiera
merezco besar el polvo
que tú pisas. Oh, qué injusta
soy contigo.
MARIA. Te perdono:
ya lo dije.
CLARA. Mas ahora
no condenes mi alborozo.
Luis... En vano supliqué,
en vano me vió en el colmo
del dolor... Hoy con Fernando
quiere batirse.
MARIA. ¡Qué oigo?
CLARA. ¿Verdad, María, verdad
que esto sería horroroso?
MARIA. Sí, Clara.
CLARA. El uno mi sangre,
alma de mi alma el otro.
Solo de pensarlo, creo
que falta de aire me ahogo.
¡Qué fortuna haber venido,
cediendo al grito imperioso

de mi corazon! Fernando
no te ama; ni por asomo
le quieres tú: le hablaremos
las dos, y luego entre todos
convenceremos á Luis.
Ni temas que tu decoro
quede manchado. Si el pobre
está muerto por tus ojos.
Y ¿qué ha de hacer cuando sepa
la verdad? Volverse loco
de alegría; darte al punto
su nombre.

MARIA. No le ambiciono;
jamas le aceptára.

CLARA. Deja
que te abrace en testimonio
de amor fraternal: tu pecho
no puede ser rencoroso.
(Abrazando y besando á María.)

MARIA. Si esa noble confïanza
se desvaneciese al soplo
más leve...

CLARA. Nunca. ¿No oiste?
(Asomándose á la puerta dèl foro.)
¿Será él?

MARIA. (Tiemblo, zozobro.)

CLARA. ¡Oh!
(Como asaltada de una idea repentina.)
Prométeme callarle
mi venida.
(Sin dejar de mirar al foro en todo lo que resta de esta escena.)

MARIA. ¿A qué propósito?

CLARA. Para oirle oculta.

MARIA. ¡Clara,
Clara!.. Mas sí; me conformo:
ocúltate.

CLARA. ¿No le harás *(Aléjase y vuelve.)*
gesto, ni seña..?

MARIA. ¡Qué odioso
recelar!

CLARA. Júralo.

MARIA. Bien;
lo juro y al cielo tomo
por testigo. A ver si al fin
te convences.

CLARA. Es chistoso

que creas... Bien convencida
estoy, pero...
(Como si sintiese llegar á Fernando.)
Aquí me escondo.
(Ocultándose precipitadamente por la izquierda.)

MARIA. Mucho me cuesta: no importa.

ESCENA VI.

FERNANDO: MARIA.

FERNANDO. ¿Es cierto, María, es cierto
lo que me han dicho? ¿Pues cómo
ha cambiado usted tan presto
de resolucion?

MARIA. Si un dia
acepté el ofrecimiento
que se me hace, fué sin duda
porque no estaba en mi acuerdo.
Ya usted cumplió sus deberes
de amigo y de caballero:
no quiera Dios que yo abuse
de tal bondad. Me averguenzo
de mi egoismo.

FERNANDO. Señora,
ese es un vano pretesto.
Usted por ellos pretende
sacrificarse de nuevo.
¿Lo merecen? Aunque fuera
posible un avenimiento,
¿deberíamos nosotros
condenarnos á un perpétuo
martirio? Ni hay quien se exponga
al público menosprecio
casándose con usted,
despues del grave suceso
que nadie ignora y produce
tanto escándalo.

MARIA. Yo tengo
por dicha muy bien sentada
mi reputacion.

FERNANDO. Por eso
mismo; que siempre causó

mucho gozo en este infierno
ver la caida de un ángel.
Luis dice que nos queremos;
lo dice Clara y tambien
la Marquesa; en un momento
de irreflexion de su casa
juntos salimos: con ménos
basta para que una jóven
quéde perdida.

MARIA. Mas creo
que usted exagera.

FERNANDO. No,
por desgracia no exagero.
Si usted no se une conmigo
perdida está sin remedio.
Ceda usted, por Dios, María:
ya todo se halla dispuesto;
y aquí mismo un sacerdote,
que debe llegar muy luego...

MARIA. Fernando, nunca: imposible.

FERNANDO. Pues sépalo usted: hoy debo
batirme con Luis.

MARIA. No ignoro
ese bárbaro proyecto
que no ha de llevarse á cabo.

FERNANDO. Hoy mismo. Sobrado tiempo,
porque usted lo quiso, humilde
soporté mi vilipendio;
y si hoy no me bato, Luis,
lo que ayer juró cumpliendo,
pondrá su mano en mi rostro.
Yo no puedo, yo no quiero
atentar contra su vida;
él de mi sangre sediento,
seguro es que ha de matarme.
Déjeme usted que á cubierto
ponga su decoro; así
despues moriré contento.
Y usted con otro enlazada
más feliz, logre el afecto
de esposa gozar y el santo
amor de madre. Y si puedo
haré que Luis reconozca
su injusticia, porque veo
que usted le quiere á pesar
de todo. Cuando, vertiendo
mi sangre, sacie su furia,

yo por mi descanso eterno
juraré que no es culpable
su María: en tal momento
de mis palabras acaso
no dude, y, viéndome muerto,
tal vez á usted volverá
curado de infames celos.

MARIA. (¡Qué corazon! Dios benigno,
protéjeme.)

FERNANDO. ¿No merezco
que usted me responda? Es fuerza
que al instante nos casemos.
No bien esté celebrada
la union, yo marcho, me alejo
de usted, y voy á morir.
¿No es puro y noble mi intento?

MARIA. Usted delira, usted lleva
su abnegacion á un extremo...

FERNANDO. La vi á usted desamparada,
la amparé; la vi de acerbos
dolores presa, fué justa
mi piedad; la vi sufriendo
todo linaje de insultos,
la indignacion y el deseo
de evitar tales desmanes
mi pecho agitaron: viendo
la prudencia, la sublime
resignacion, el aliento
sobrehumano con que un dia
y otro soportaba el peso
de sus males, en usted
admiré sin par modelo
de nobles mujeres: hoy
que en duda su honor se ha puesto,
ansio restaurarle, cifro
toda mi ventura en ello.
Este natural conato
de dar al triste consuelo,
de amparar al débil; esta
piedad debida; este aprecio,
esta admiracion que usted
merece; este sentimiento
de justicia que me inflama
en ansia de poner freno
á vil calumnia; la voz
de mi deber... todo esto;
y luego el vivo contraste

que ofrece el trato halagüeño
de usted, su candor sencillo,
su amable virtud, sus tiernos
sentimientos, comparados
con los vicios y defectos
de Clara, altiva, soberbia,
suspicaz, impía; y luego
aquel recelar continuo,
aquel padecer eterno,
aquel vivir insufrible
á que por error ajeno
me vi condenado siempre;
y luego el maldito empeño
de ambos hermanos, que hacian
aun más tenaz, más tremendo
singulares circunstancias
hijas de acaso funesto;
y luego quizá el destino,
el cielo acaso, el infierno
tal vez... En profundo mar
de conjeturas me pierdo,
contra mí mismo batallo,
á mí propio no me entiendo;
no sé que extraña influencia
Clara y su hermano ejercieron
sobre mí; solo una cosa
ya por indudable tengo,
por indudable, y á gritos
ahora me la está diciendo
mi corazon y es, María,
que la adoro á usted con ciego
frenesí; tanto, que en vano
querrá explicarlo mi acento.

MARIA. (¡Cielos, me ama! (*Con intimo gozo.*)
¡Qué digo!..)
(*Viendo moverse la puerta por donde ántes entró Clara.*)
¡Y Clara nos está oyendo!)

FERNANDO. ¿Qué me indica esa zozobra,
esa ansiedad?..

MARIA. Oh, silencio,
silencio.

FERNANDO. Mil y mil veces
lo diré.

MARIA. Sí, bien comprendo
que usted con mentiras trata
de hacer que yo más pequeño

juzgue el sacrificio...

FERNANDO. Usted
lo que sabe es que no miento.

MARIA. ¿Luego entonces miento yo?

FERNANDO. Una palabra. Ni aun sueño
que usted me pueda querer;
pero si un bien tan supremo
lograra, si tanta fuese
mi dicha...

MARIA. ¿Hay tal fingimiento?

FERNANDO. ¡Se burla de mí!

MARIA. Fernando,
á usted le ciega el despecho
por que aún idolatra á Clara;
renuncie usted á ese duelo
y únase con ella.

FERNANDO. Nunca.

MARIA. Acceda usted á mis ruegos.

FERNANDO. Mil muertes ántes.

MARIA. ¡Dios mio!
Es que Clara...

FERNANDO. Odio, desprecio
me inspira, y usted amor
puro, inextinguible, inmenso.

MARIA. Perdónela usted.

FERNANDO. Jamas.
Ya lo dije, la detesto.

MARIA. Míreme usted á sus plantas.
(*Arrodillándose*)

FERNANDO. No; jamas.

ESCENA VII.

DICHOS *y* CLARA.

CLARA. ¡Alza del suelo!
(*Sale, coge de un brazo á María y la levanta con violencia. Fernando, al salir Clara, dá un grito de sorpresa; María de dolor: aquel despues inclina la cabeza, y esta se oculta el rostro entre las manos.*)
¿Porqué me quieres hacer
limosna que no pedí?
Responde. ¡Que esta mujer
tenga lástima de mí!

Si cuando miente es ahora;
si él á tí nunca te amó;
si él, no hay duda, á mí me adora,
solo á mí; pues no que no.
A ti sola; á tí te amaba
y en callártelo hizo mal,
que no por callar dejaba
de ser falso y desleal.
Y ya que al fin lo revela,
todo hecho azúcar y miel,
fuera escrúpulos, tontuela,
cásate al punto con él.
Yo soy jóven todavía;
honrada y noble nací;
y quizá encuentre algun dia
esposo digno de mí.
Mas cuenta que yo en la boda
os tengo de apadrinar:
esta es mi exigencia toda,
yo os conduciré al altar.
Y sin más, mil parabienes
recibid y hasta despues.
(Oh, se me saltan las sienes:
ni acierto á mover los pies.)
(Dirígese al foro y tropieza con un mueble.)

FERNANDO. / MARIA. } ¡Oh!
(Yendo hacia ella como para prestarle auxilio.)

CLARA. Quietos... Gracias... Repito...
(Felices serán los dos,
y yo en tanto...) Adios, primito.
Quietos dije...
(Con ira al ver que insisten en seguirla.)
Adios, adios.

ESCENA VIII.

DICHOS: ANTONIO *y en seguida* LUIS.

ANTONIO. Chico, chico.
(Saliendo azorado por la puerta del foro.)

FERNANDO. ¿Qué hay, Antonio?

ANTONIO. Luis viene detrasde mí.

MARIA. ¿Luis?

ANTONIO. El mismo: hecho un demonio

porque su hermana está aquí.

CLARA. A tiempo llega.

MARIA. No agraves el mal: compasion.

CLARA. Descuida.

LUIS. Te hallo al fin. (*Al aparecer en la puerta del foro.*)

CLARA. Sí; ven : ¿ no sabes ?
Le he estado oyendo escondida.
(*Señalando á Fernando.*)

LUIS. Sal de esta casa.

CLARA. Es su amante;
ya lo sabemos de fijo.

LUIS. Sal de aquí.

CLARA. Me iré al instante...
Y le dijo...

LUIS. ¿ Qué le dijo ?
(*Sin poder dominarse y acercándose á su hermana con vivísimo interés.*)

CLARA. Que ya no me quiere á mí,
que no me quiso jamas,
que á ella la adora, y asi...
no sé cuántas cosas mas.

LUIS. ¿Y eso te sorprende acaso?

MARIA. Clara...

ANTONIO. (Bien me lo temía.)

CLARA. Bah, si lo mejor del caso
no te he dicho todavía.

LUIS. Dilo.

MARIA. Clara , estás abriendo
á nuestros pies un abismo.

LUIS. ¿Qué hay ? Acaba.

CLARA. Ya te entiendo.
(A *María irónicamente.*)
Que quieren casarse hoy mismo. (A *su hermano.*)

LUIS. ¿ Eso quieren ?

FERNANDO. No es verdad
que ella lo quiera tambien.

CLARA. Hoy se casan.

MARIA. Por piedad.

LUIS. Sígueme, Fernando ; ven.

MARIA. ¿Qué pretendes , desdichado ?

LUIS. Dar castigo á ese traidor.

CLARA. ¡Y yo que había olvidado!....
Calma, calma tu furor. (A *Luis.*)

LUIS. ¿No me sigues ?.

FERNANDO. No.

LUIS. ¿Por qué?

FERNANDO. Aún segun nuestro convenio,
no es hora.

LUIS. Me gusta. A fé
que el hombre es vivo de génio.
Armas en mi coche traje:
fuera estamos de poblado;
haz un poco de coraje
y el cuento es cuento acabado.

FERNANDO. Hasta la hora convenida....

LUIS. Tratas de huir: lo presiento.

FERNANDO. ¡Oh! (*Avanzando hacia Luis.*)

MARIA. Respete usted su vida. (*Deteniéndole.*)

ANTONIO. Renuncia á tu loco intento. (*A Luis.*)

LUIS. ¿Que yo renuncie?.... A mi hermana
condenando á eterno lloro,
hace su esperanza vana,
pone en riesgo su decoro:
vendiéndose por amigo,
me roba á mi la mujer
á quien tanto quiero.... digo,
á quíen pensaba querer.
Mi madre por él está
de tal manera afligida
que el crudo golpe quizá
el plazo acorte á su vida.
Y cuando en mi justa furia,
tan lleno ya de razon,
de una y otra y otra injuria
le pido satisfaccion;
porque él en tono muy grave
responda solo: «no puedo,
no debo», que es, ya se sabe,
como decir «tengo miedo»,
¿yo no he de vengarme, yo
por contento me he de dar,
y todo aquí se acabó,
y pelillos á la mar?
¡Vive Dios! Eres tan necio
como infame.

FERNANDO. ¡Luis!
(*Procurando contenerse*)

ANTONIO. Repara.... (*A Luis.*)

LUIS. Si digo que te desprecio.
(*Acercándose a Fernando, á pesar de que Antonio trata de detenerle.*)

FERNANDO. ¡Luis! (*Mas irritado.*)

LUIS. Y te escupo á la cara. (*Frenético de ira.*)

CLARA. Advierte....
LUIS. Cobarde.
FERNANDO. Cesa.
LUIS. Cobarde, sí; lo repito.
FERNANDO. Ven, pues.
(*Dirigiéndose al foro.*)
LUIS. ¡Al fin! Ya es empresa
enfadar á este amiguito.
ANTONIO. Sí, castiga su insolencia,
puesto que así te provoca.
MARIA. ¿Tambien usted?
ANTONIO. La paciencia
de un santo sería poca. (*A Clara.*)
MARIA. Ruégale tú.
CLARA. Ni merece
que le castigue tu mano.
Déjale.
LUIS. Más me enfurece (*A María.*)
tu súplica.
MARIA. ¡Todo en vano!
FERNANDO. La muerte de Luis sería
causa de dolor tremendo.
Ya lo sabe usted, María:
yo á nadie aflijo muriendo.
MARIA. Noble eres, Luis: ya has oido
que tu muerte no desea,
que va á morir decidido.
LUIS. Despues cambiará de idea.
MARIA. Por tu madre, por el cielo.
LUIS. Por nada.
MARIA. Pues bien: Fernando
va á renunciar á ese duelo.
LUIS. ¿Tú lo exiges? (*Irónicamente*)
MARIA. Yo lo mando.
¡Usted morir! ¿Quién reclama (*A Fernando.*)
tal sacrificio? Crüel, (*A Luis.*)
óyelo bien. Él me ama
y yo... yo le adoro á él.
CLARA *y* LUIS. ¡Oh!
FERNANDO. ¿Qué escucho?
CLARA. Al fin se vende.
FERNANDO. ¿Será cierto?
ANTONIO. (Bueno va.)
CLARA. Le ama.
LUIS. Le ama.
MARIA. ¿Qué os sorprende?
¿Pues no lo sabíais ya?

Le amo, sí.

FERNANDO. Gracias, señora.

MARIA. Aún hay quien llanto derrame
por usted.

LUIS. Calla, traidora.

FERNANDO. ¡Oh, qué dicha!

CLARA. Calla, infame.

LUIS. Sígueme, ó en nada reparo.

FERNANDO. Tú de ámbos serás testigo. (*A Antonio.*)

ANTONIO. ¿Qué he de hacer?

MARIA. Mi amor declaro,
¿y nada en cambio consigo?

FERNANDO. ¿Cómo evitar este lance?
Y si usted me tiene amor,
¿no debo yo á todo trance
guardar intacto mi honor?

MARIA. Hoy me llama usted su esposa
si accede á no irse á batir.

LUIS. ¿Él tu marido?

CLARA. ¡Si es cosa
de no poderlos oir!

FERNANDO. ¿Aceptára usted mi nombre?

MARIA. Con orgullo y con placer.

CLARA. ¡Y yo he querido á este hombre!

LUIS. ¡Y yo quise á esta mujer!

FERNANDO. Amor el tuyo funesto:
ya no hay nada entre los dos;
y ojalá nunca...

CLARA. ¿Oyes esto?
Ea, mátale por Dios.

MARIA. ¡Qué horror! Piedad.

LUIS. No la esperes.

MARIA. Matadme primero á mí.

LUIS. ¿Ahora detenernos quieres?

MARIA. No saldrás.
(*Colocándose enérgicamente delante de la puerta del foro.*)

LUIS. Quita de ahí.
(*Asiendo á Maria de un brazo, y trayéndola hasta cerca del proscenio.*)

FERNANDO. Partamos.
(*Saliendo con Antonio por la puerta del foro.*)

MARIA. ¡Y en su alma cabe
tal rigor!
(*Por Fernando.*)

LUIS. Nadi te ampara
(*Vase y cierra la puerta.*)

MARIA. Y cierra... Y quita la llave.
(*Corriendo hacia el foro.*)
FERNANDO. Adios, Maria. (*Dentro.*)
LUIS. Adios, Clara. (*Dentro.*)

ESCENA IX.

CLARA *y* MARIA.

MARIA. Por tí corren dos hermanos
á matarse, alma de fiera.
¡Ay de tí! Muera el que muera,
ese habrá muerto á tus manos.
¿Y aún que tu sangre es el uno,
que amas al otro dirás,
ahora que anhelando estás
que de ámbos perezca alguno?
¿Y verás con regocijo
que en tan horrible atentado
pierde el mundo un hombre honrado,
ó pierde tu madre un hijo?
¿Y aún tu maldad te envanece?
¿Y aún tu crímen no te espanta?
CLARA. Si muere Luis... ¡Vírgen santa!
Pues si Fernando perece...
Por mí se van á matar;
no hay duda, por culpa mia...
¡A matarse! ¿Y tú, María,
los has dejado marchar?
MARIA. ¿Lo ves? Al fin, desdichada,
cesó tu insensato alarde
¡Ya es tarde! (*Con profundo dolor.*)
CLARA. ¿Para qué es tarde?
Dímelo. No digas nada.
¿Esas puertas..?
MARIA. Todas dan
á aposentos interiores.
CLARA. Aún debieron ser mayores
tus ruegos, mayor tu afan.
MARIA. Harto vieron mi afliccion,
harto he gemido y rogado.
CLARA. ¿Y qué? ¿Nada? ¿Se han marchado?
Si no tienen corazon.
MARIA. Infeliz. Ahora te aflige
lo que hace poco anhelabas..

CLARA. ¿A qué decir que le amabas?
MARIA. No mentí cuando lo dije.
CLARA. Ese es castigo bastante
para mi culpa.
MARIA. Ademas
á un hermano llorarás,
ó al triste que fué tu amante.
CLARA. Salva á mi hermano, gran Dios,
¿Qué digo? Salva á Fernando.
Dios mio, estoy blasfemando.
¡A los dos! Salva á los dos.
MARIA. Mucho vas á padecer.
CLARA. Socorro, favor... Gritemos.
MARIA. ¿Y á qué gritar...?
CLARA. ¿Pues qué haremos?
Hagamos algo, mujer.
MARIA. Esperar en Dios.
CLARA. Jamas
la esperanza en Dios perdí.
Esperar en Dios, sí, sí;
pero algo más, algo más.
¡Favor! Cerraron la puerta:
bien dijiste. Y Luis sin duda
la cerró. Ven: dame ayuda.
Pronto la verás abierta.
MARIA. No es posible.
CLARA. ¿Por qué no?
Ven; mis esfuerzos imita.
No; nada... ¡Puerta maldita!
¿Y ha de poder mas que yo?
MARIA. No hay remedio. ¡Ay infelices
de nosotras!
CLARA. ¡Qué tormento!
MARIA. ¡Tal vez en este momento...!
CLARA. Mira, por Dios, lo que dices.
(Poniéndole una mano en la boca.)
¿Supones que ya..? Mal haces;
ni lo imagines siquiera.
Crímen espantoso fuera
de que ellos no son capaces:
que si la furia los hizo
olvidarse aqui de todo,
luego .. ¿Aún tiemblas de ese modo?
Pues yo bien me tranquilizo.
Segura tienen la vida:
conque tu ansiedad reprime
y no calles; habla: dime

que te das por convencida.
Cualquiera de ellos que osare
hacer al otro algun daño...
Verás cómo no me engaño,
verás...

CLARA *y* MARIA. ¡ Oh!

(Suenan fuertes golpes en la puerta del foro.)

ESCENA X.

DICHAS: PEDRO *y* JUANA, *dentro.*

JUANA. ¡ Dios nos ampare!
PEDRO. Señora.
MARIA. Abrid.
JUANA. Han quitado
la llave.
CLARA. ¿Qué hay?
MARIA. ¿ Qué teneis?
JUANA. ¡ Ay señorita!
CLARA. ¿Hablareis?
MARIA. ¿Qué pasa?
PEDRO. Que le han matado.
CLARA *y* MARIA ¡ Jesus!
PEDRO. Y le traen en peso.
JUANA. Que venga usted, señorita.
MARIA. ¿Mas quién á quién?
CLARA. Quita, quita.
(Apartándola de la puerta y tapándole la boca con una mano.)
¿Vas á preguntarles eso?
MARIA. Así estaremos penando
por los dos.
CLARA. ¡ Silencio!
MARIA. Sí; *(Prestando atencion.)*
alguien más viene hacia aquí.
CLARA. ¿Será Luis? ¿Será Fernando?
MARIA. ¿ Oyes?
CLARA. La puerta han abierto.
MARIA. ¡ Dios piadoso, en tí confio!
CLARA. ¡ Oh!
(Luis aparece en la puerta del foro, pálido y desencajado.)
MARIA. ¡ Qué veo!
(Saliendo precipitadamente por la puerta del foro.)

CLARA. ¡Hermano mio!
(*Arrojándose en sus brazos con espresion de alegría.*)
Fernando, Fernando ha muerto.
(*Con el más profundo dolor y dejándose caer en una silla.*)

ESCENA XI.

CLARA: LUIS.

CLARA. ¿Morir él? ¿Y aún no ha cesado
mi corazon de latir?
Pues qué, ¿puedo yo vivir
sin mi dueño idolatrado?
Mentira; no le has matado:
ni habeis reñido tampoco
tú me engañas; tú estás loco;
que, á ser verdad lo que escucho,
yo sufriera mucho, mucho,
y ya ves que sufro poco.
LUIS. Era la ofensa evidente;
cegaba yo de coraje;
estábamos en paraje
para el duelo conveniente:
nos pusimos frente á frente;
suerte fatal decidió
que ántes que él tirase yo...
CLARA. ¿Y le hirió tu bala?
LUIS. Sí.
CLARA. ¡Y me hirió tambien á mí!
LUIS. Y tambien á mí me hirió.
CLARA. ¡Madre mía!
LUIS. Solo el llanto
puede consolarte ahora.
Llora, desdichada, llora:
¡Los dos lloraremos tanto!
Y yo en mi horrible quebranto
aún con mayor motivo.
¡Oh qué necio el que se lanza
á empresa tal vengativo
cuando la pena es del vivo
y del muerto la venganza!
Clara, Clara, ¡amor fatal!

CLARA. Hermano, ¡malditos celos!
LUIS. Haced un milagro, cielos,
y que viva mi rival.
CLARA. Quizá no sea mortal
la herida...
LUIS. ¡Si Dios quisiera...!
(*Con ansia infinita.*)
No, no, pérfida ilusion;
no, esperanza lisonjera:
lo conozco, aparta; fuera...
Vienes con mala intencion.
CLARA. ¿Qué has hecho, crüel, qué has hecho?
¡Digno triunfo! ¡Noble hazaña!
¿Tan implacable es tu saña?
¿Tan duro tienes el pecho?
Y ya estarás satisfecho; ¡
ya demostrando tu brío,
su sangre hiciste correr.
Ya malvado, aleve, impío...
LUIS. Pero ¿hay paciencia, Dios mío,
para oir á esta mujer?
Cuando mi mano homicida
maldigo yo propio; cuando
por la vida de Fernando
diera contento mi vida;
cuando, en pena merecida,
todo bien me quita el cielo;
cuando está mi corazon
condenado á eterno duelo,
¿tú en vez de darme consuelo
acrecientas mi afliccion?
Tú, por quien yo aborrecí
doblemente al desdichado,
tú que siempre has avivado
mi celoso frenesí;
tú que hace un momento, aquí
me incitaste á que vengara
mi ofensa y la tuya en él,
¿tú me acusas cara á cara,
tú me apellidas, tú, Clara,
malvado, impío y cruel?
Sé que cambiarme pudiera
por el más vil de los hombres;
sé que á darme tales nombres
derecho tiene cualquiera.
Mas tú cuya saña fiera
aún superaba á la mia;

tú culpable como yo,
tú que fuiste aleve, impía,
tú no aumentes mi agonía,
tú no me culpes, tú no.

CLARA. Quiero verle.

LUIS. Aguarda.

CLARA. Ven.

LUIS. Advierte...

CLARA. Ya nada advierto.

LUIS. ¿Y si le encontramos muerto?

CLARA. Me moriré yo tambien.

(*Van á salir por el foro y entra Antonio. Al verle, ámbos lanzan un grito.*)

ESCENA XII.

DICHOS y ANTONIO.

ANTONIO. Os buscaba.

LUIS. Habla.

CLARA. ¿Qué ha sido de Fernando?

LUIS. Dilo.

CLARA. Sí: vamos.

LUIS. Habla.

CLARA. Pronto.

LUIS. Dí.

ANTONIO. Como estoy tan conmovido...

CLARA. ¿Por qué?

LUIS. La nueva es funesta, ¿verdad?

CLARA. ¿Por qué?

ANTONIO. Lo diré si ustedes callan.

CLARA. ¿Por qué?

LUIS. ¿No hablas? Responde; contesta.

ANTONIO. Pero...

CLARA. Acabe mi ansiedad.

LUIS. Mitiga nuestro tormento.

CLARA. Usted venía contento.

LUIS. Tú llorabas.

CLARA. La verdad.

LUIS. ¿Ese llanto?..

ANTONIO. Es de alegría.

CLARA. ¿Vive aún?
ANTONIO. ¿Pues no que no?
¿Para qué he estudiado yo
medicina y cirujía?
CLARA. ¿Oyes, Luis?
LUIS. Sí...
CLARA. Pues alienta.
LUIS. Ambos creímos mortal
la herida... y lo fué...
ANTONIO. No tal.
CLARA. ¿Qué temes?
LUIS. Temo que mienta.
ANTONIO. La bala, cosa sencilla;
tal como ha entrado ha salido,
habiéndole recorrido
el borde de una costilla.
LUIS. ¿Y vive?
ANTONIO. Sí.
LUIS. Mal hicieras
en mentir.
ANTONIO. Oh, ven conmigo.
(*Queriendo llevarle hacia el foro.*)
LUIS. ¿Vive... eh? ¿Vive...
ANTONIO. Que sí digo.
LUIS. ¿Conque sí?.. ¿Vive? ¿De veras?..
ANTONIO. Dale.
CLARA. No dudes.
LUIS. Bien ya
sabemos que vive.
ANTONIO. Y qué,
¿no te alegras?
LUIS. Aún no sé,
aún no sé si vivirá.
CLARA. ¿Pues no?
ANTONIO. Por Dios que me creas.
LUIS. ¿Vivirá?
ANTONIO. Yo te lo fío.
LUIS. Ay Antonio, Antonio mío;
bendito, bendito seas!
(*Estrechándole repetidas veces contra su corazon.*)
ANTONIO. Bendito Dios.
CLARA. ¡Qué ventura!

ESCENA XIII.

Dichos *y* Pedro.

Pedro. Ya ha venido ese sugeto.
(Desde la puerta del foro.)
Antonio. Fuera excusado el secreto.
Ese sugeto es el cura.
Clara. Ya sé que avisado estaba.
Antonio. Pues bien...
Luis. ¿ Qué ?
Antonio. Que aprovechando
la ocasion... Como Fernando
teme por su vida...
Luis. Acaba.
Antonio. Quiere que á salvo ante todo
quede la reputacion
de María ; que la union
se verifique del modo
que ahora permita su estado.
Luis. ¡ Clara !
Clara. ¿ Y ella ?
Antonio. Ha consentido.
Clara. ¡ Luis !
Antonio. Ustedes lo han querido :
ustedes los han casado. *(Vase con Pedro.)*

ESCENA ULTIMA.

Clara : Luis.

Clara. ¿ Qué es esto ? Válgame el cielo.
Luis. No sé qué pasa por mí...
Clara. Pues entonces , necio , di
(Yendo á su hermano.)
¿ de qué ha servido ese duelo ?
Luis. ¡ Ella ajena !
Clara. ¡ Él de otra esposo !
Luis. ¡ Corramos !
(Van hácia el foro.)
Clara. ¡ Oh !
Luis. Fuera impío.
(Deteniéndose.)

CLARA. ¡ Hazla dichosa , Dios mío !
(Cayendo de rodillas y con toda la espansion del arrepentimiento.)

LUIS. ¡ Dios eterno, hazle dichoso!
(Levantando las manos al cielo.)

FIN DEL DRAMA.

ADVERTENCIA.

Entiéndase suprimido el verso

Déjele morir en paz

que consta en algunos ejemplares de esta obra en la escena XI del acto tercero, pág. 97.